

EL CORREO DE ULTRAMAR

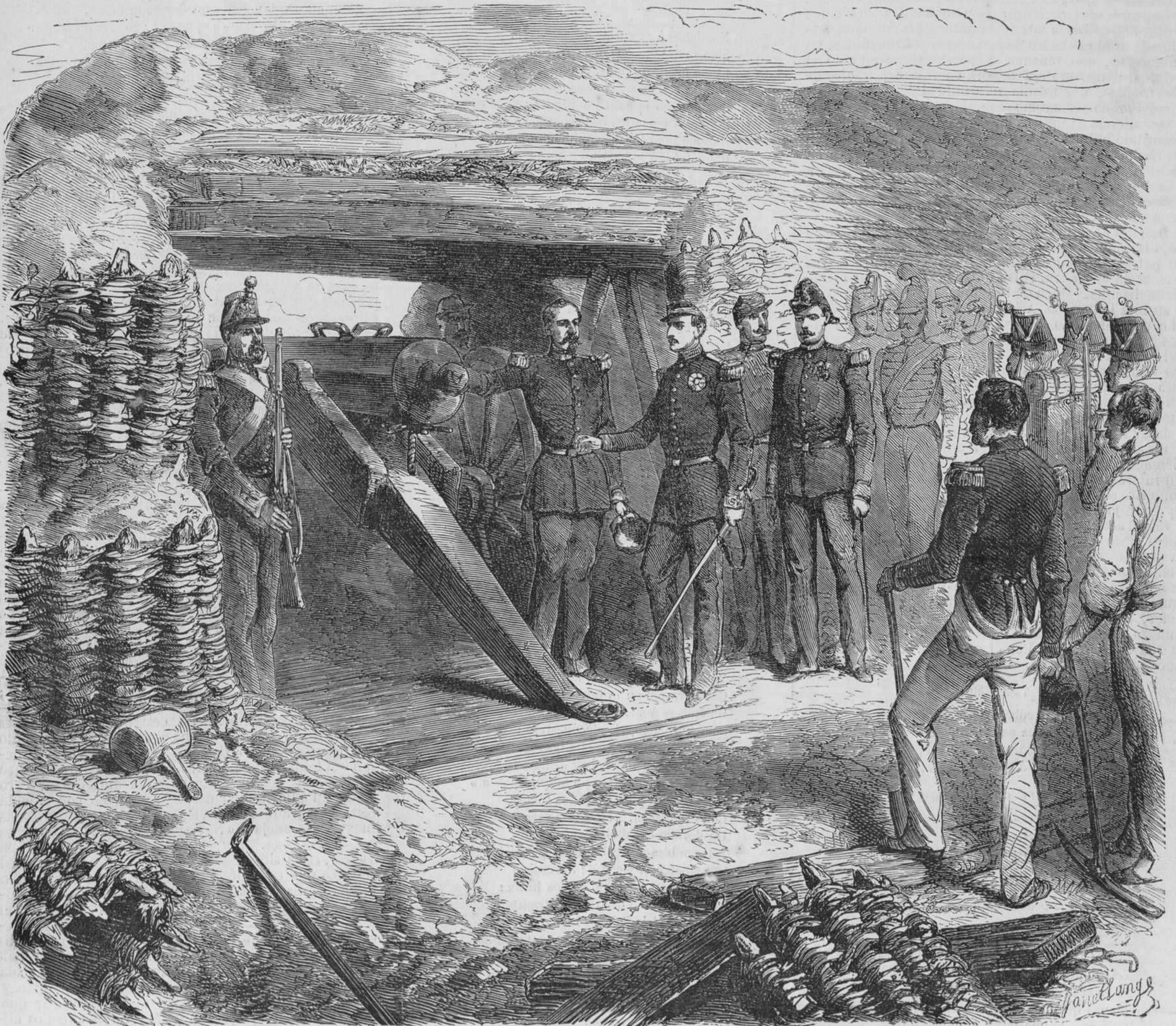
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAIN.
Administracion general, passage Saulnier, núm 4, en Paris.

Año 19. — N° 416.



EL REY FRANCISCO II VISITANDO UNA BATERIA EN GAETA.

SUMARIO.

El rey Francisco II visitando una batería en Gaeta; grabado. — Traducción en verso castellano de la Hecuba de Eurípides. — Revista de París. — Expedición de Siria; grabados. — Eleusis; grabados. — Una historia inglesa. — Embarque del emperador y de la emperatriz en Marsella; grabado. — El príncipe imperial saliendo al encuentro de SS. MM. á su regreso á Saint-Cloud; grabado. — Aparición. — Parábola oriental. — Las esclusas de mar en Heyst; grabado. — Pinturas decorativas en el Palacio Real de París; grabados. — Una antigua costumbre de la baja Bretaña; grabado. — Boletín científico. — Leonor. — Pekin; grabado.

Traducción en verso castellano de la Hecuba de Eurípides.

El señor don Genaro Alenda, ventajosamente conocido en España por varias traducciones directas que ha hecho de poesías griegas al castellano, ha estudiado profundamente á Eurípides y á la sociedad en que vivió el gran trágico que tan bien supo pintar á los hombres, y ha emprendido la traducción de algunas de sus mas célebres tragedias. Muy difícil es, en verdad, llevar á cabo semejante obra, no emprendida ni proyectada siquiera, que sepamos, por ninguno de nuestros antiguos humanistas; pero el indisputable talento y la constancia del nuevo traductor, nos hacen concebir las mas halagüeñas esperanzas en cuanto al éxito de su empresa. Ni hemos de hablar solo de esperanzas, puesto que ya se halla casi enteramente traducida en verso castellano la *Hecuba*, que es acaso la mejor obra del gran trágico de Salamina.

No busquemos en esa obra maestra del arte clásico los vanos adornos de una poesía afeminada; admiremos, sí, la enérgica expresión de los afectos, la lucha de encontradas pasiones; escuchemos los lastimeros gritos del dolor, la voz de la naturaleza humana lastimada ante el cuadro de los mayores infortunios. La traducción, que tenemos á la vista, sigue en todo al original: conserva esa misma energía del trágico de los trágicos, esa misma naturalidad del trágico que pintó á los hombres como eran.

Accediendo á nuestros deseos, el señor Alenda nos ha permitido publicar algun extracto de la traducción de su *Hecuba*, y no hemos vacilado en elegir la escena siguiente, que sin duda es una de las mas trágicas y que mejor caracterizan al poeta griego. — Recordaremos el argumento y la marcha del drama hasta la escena cuya traducción transcribimos.

Después de la destrucción de Troya, el ejército griego bajo la conducta de Agamenon, emprende el viaje para su patria, llevando consigo gran número de esclavos hechos en la guerra, entre quienes se distingue la anciana Hecuba, esposa de Priamo, rey de aquel Estado, y su hija Polyesena. Achilles, héroe griego, muerto en el campo, ofendido al ver que no se le hacen los debidos honores, detiene la escuadra al llegar á las aguas del Chersoneso, y por su misterioso poder son atadas las velas con los cables mismos de las naves, y no dejará proseguir la expedición mientras no se le haga un sacrificio de sangre humana, que pide apareciendo sobre su mismo sepulcro. El ejército griego decide aplacar los manes de Achilles inmolando á Polyesena.

En el acto primero Ulises se presenta á Hecuba haciéndole saber la sentencia del ejército, y después de un interesante diálogo, se lleva á su hija á fin de consumir el sacrificio, cuyo director y sacerdote ha de ser Pyrrro, hijo del héroe agraviado.

En el acto segundo aparece Hecuba tendida en el suelo junto á las tiendas, y cantando el coro de esclavas troyanas su triste destino, cuando aparece Talthybio, mensajero del ejército griego, que viene á decir á la anciana reina como es hora de disponer lo necesario para dar sepultura á su hija. Hecuba, en medio de su dolor, quiere saber de boca de Talthybio cómo ha muerto la desgraciada Polyesena, y el heraldo griego le refiere lo que pasó en el sacrificio. Hé aquí la traducción de esta escena.

TALTHYBIO.

¿Dónde está Hecuba, la que en otro tiempo
Tuvó por reina la nación troyana?
¿Dónde verla podré? decidme al punto.
Yo os lo ruego, oh jóvenes esclavas.

CORO.

Bien cerca, Talthybio,
La misera está.
Buscó en su despecho
La tierra por lecho.
Los velos aparta
Que ocultan su faz.

TALTHYBIO.

¡Jove! ¿qué te diré? ¿sobre los hombres
Vela tu providencia soberana?
¿O es acaso el linaje de los dioses
No mas que un triste error, quimera vana
Del mezquino mortal, y el universo
Rueda á merced de la fortuna varia?
¿Esta no fué la reina de los Frigios,

Nación por sus riquezas celebrada?
¿No fué la esposa del dichoso Priamo?
Y ahora son ruinas solitarias
Su palacio y ciudad, y ella sin hijos
En la triste vejez, misera esclava,
Duerme tendida sobre el duro suelo
Cubriendo el polvo su cabeza cana.
¡Ah! ¿Que mis miembros al sepulcro bajen
Antes que pruebe desventura tanta!
(dirigiéndose á donde está Hecuba, y separando el velo que cubre su rostro.)
Infelice, levanta tu cabeza.

HECUBA.

¡Ah! ¿quién?... ¿quién eres tú que así me mandas
Levantarme?... Quien quiera que tú seas,
¿Porqué turbas la paz de quien descansa?

TALTHYBIO.

Del ejército griego soy heraldo:
Es mi nombre Talthybio: una embajada
Traigo de Agamenon.

HECUBA.

¡Oh buen amigo!
¿Es que quieren también que yo inmolada
Sobre la tumba sea? ¿Dichosa nueva!
Vamos, anciano, vamos sin tardanza.

TALTHYBIO.

Vengo á decirte que tu hija ha muerto,
Y á tu cuidado queda el repullarla.
Los dos hijos de Atreo á esto me envían,
Y el ejército griego.

HECUBA.

¡Desdichada!...
No vienes á anunciar mi sacrificio,
Sino males; ¡y has muerto! ¡hija de mi alma!
¡Y ya no tengo hijos... la he perdido!
¿Hay en el mundo pena mas amarga?
... ¿Y cómo la habeis muerto? ¿compasivos?
¿Como á enemiga, con sangrienta saña?
Aunque todo sea triste, oh mensajero,
Ruégote me lo cuentes: dí, di, habla.

TALTHYBIO.

Segunda vez el llanto de mis ojos
Pretendes arrancar, misera anciana.
Antes lloré á la muerte de tu hija,
Y hora de nuevo lloraré al contarla.
En dilatado campo al grande Achilles
Un sepulcro de honor su hijo levanta,
Y á su frente reunió la hueste achea
En densos escuadrones ordenada.
Por la mano conduce á Polyesena
A lo alto del sepulcro. Yo allí estaba
A su lado. De cerca la seguían
Mancebos de nobleza señalada,
Que, cual si hubieran de evitar la huida,
Llevan puestas sus manos no sus armas.
Una copa de oro tomó Pyrrro
Llena, y sobre la tumba la derrama,
Haciéndome señal de que en las turbas
Cese el rumor y escuchen su plegaria.
Adelántome al punto: por tres veces
Doy la voz de silencio, y á la cuarta
La inmensa multitud inmóvil queda,
Y en profundo silencio sepultada.
«¡Oh hijo de Peleo! ¡oh padre mio!»
Pyrrro con resonante voz exclama:
«Estas propiciatorias libaciones,
Que de los muertos son ofrenda grata,
Recibe de mis manos: de esta virgen
Ven á beber la sangre inmaculada,
Que derramo en tu honor, y estos guerreros,
Uniéndose á mis votos te consagran.
Sénos propicio, sí; de nuestras naves
Las popas mueve; suelta las amarras,
Y á tí debamos el volver dichosos
De los mares de Troya á nuestra patria.»
Calló su voz, y los soldados todos
Con él rogaron. Al instante saca
Un dorado cuchillo, requiriendo
A los nobles mancebos de la guardia
Que sujeten la víctima: al sentirlo
Tu hija, con denuedo así los habla:
«¡Oh Acheos! Vosotros que trajisteis
A mi ciudad la ruina y la desgracia,
Sabed, que quiero ser sobre esta tumba
Con toda voluntad sacrificada.
Nadie se acerque á mí; sin resistencia
Yo entregaré al acero mi garganta.
Si debí á la fortuna el nacer libre,
Libre arranque mi vida vuestra espada:
Que es para mí baldon, hija de reyes,
Entre los muertos el llamarme esclava.»

Murmullo universal cunde en las filas
De tu hija en favor, cuando levanta
Agamenon su voz, y á los mancebos
Que la víctima dejen luego manda.
A la voz del caudillo se detienen,
Y mudos de la víctima se apartan.
Cumplida ya la orden, Polyesena
Con noble decision la veste rasga,
De los hombros al vientre, descubriendo
El blanco pecho, cual de hermosa estatua,
Y sin turbarse un punto, y en el suelo
Una de sus rodillas apoyada,
Dice, mirando á Pyrrro, estas valientes
A la par que tristísimas palabras:
«Si intentas, jóven, traspasarme el pecho,
Aquí le tienes, tu cuchillo clava;
Mas si prefieres la garganta herirme,
Aquí tienes dispuesta mi garganta.»
Pyrrro entonces, queriendo y no queriendo,
De compasion movidas sus entrañas,
Hiere el cuello y al punto, ¡oh pobre Hecuba!
Fuentes de roja sangre se derraman.
Ya sus ojos vacilan; mas tu hija,
Luchando de la muerte con las ansias,
Lleva sus manos á la ropa, y cae
Con decoro, cubriendo hasta sus plantas.
Lanzado apenas el postrer aliento
Por la herida mortal, desordenadas
Las filas, se apresuran los soldados
A darle el justo premio: unos se afanan
Por cubrirla con hojas y con flores,
Mientras los otros, desgajando varas
De verde pino, y conduciendo troncos,
Una pira magnífica le labran.
Al que en tan noble afán vian ocioso,
«Cobarde» todos los demás gritaban,
«¿No hay velos que tener? ¿no hay un adorno
Para ocupar las manos? ¿ni una rama,
Ni una flor llevarás á esa doncella
Que con tanto valor despidió el alma?»
Hecuba, al referir esto, mis ojos
Ven en tí á la mas afortunada
Madre; pero también de las mujeres
Te contemplo la mas desventurada.

Tal es la escena del *heraldo*, y uno de los mas acabados modelos que se conservan de la literatura griega. — Y ahora se nos ocurre preguntar, ¿si á imitación de lo que ha pasado en París con el *Edipo rey*, de Sófoles, se representará en uno de nuestros primeros teatros de Madrid una traducción de la *Hecuba*, ohtendría el mismo feliz éxito que la traducción francesa ha obtenido en mas de veinte representaciones seguidas? Nosotros creemos que sí; lo contrario seria casi ofender al público, pensando mal de su ilustración y su cultura. Ciertamente no aplaudiría una traducción griega, ese público que tanto gusta de un despropósito cuyo protagonista es un barco; pero creemos firmemente que no es ese todo el público de Madrid. Es seguro también, que la novedad del espectáculo, la idea de que íbamos á trasladarnos con la imaginación á un teatro de Atenas, esa diosa del mundo antiguo, á quien deben los pueblos modernos gran parte de su civilización y cultura, atraería al teatro, en semejante representación, á ese mismo público que solo parece buscar las impresiones del momento, los grandes contrastes no esperados, y á falta de otra cosa, las mayores extravagancias literarias.

Hasta ahora se había creído imposible la representación de una tragedia griega tal como debió verificarse en Atenas y como la imaginara su autor, sin variar mas que la lengua. Verdad que Fenelon decía en una carta á la Academia francesa y refiriéndose al proyecto que había tenido Racine, de hacer una tragedia de *Edipo*, según el gusto de Sófoles, sin mezclar nada extraño, con toda la sencillez griega: «Semejante espectáculo podría ser muy curioso, muy animado é interesante: no seria aplaudido, pero arrebataria, haria derramar muchas lágrimas: no dejaría respirar; inspiraría amor á la virtud y horror al crimen; coadyuvaría muy útilmente al designio de las mejores leyes; ni aun tendria por qué alarmarse el sentimiento religioso mas puro.» Como se ve, el piadosísimo Fenelon no temia que nuestras costumbres cristianas se pervirtieran con el contacto de la antigüedad. Pero Rousseau dijo mucho después, y afirmó con aquella serenidad y aquella convicción con que asentaba las mayores paradojas: «No hay duda que la mas hermosa tragedia griega, traducida fielmente á una lengua vulgar, seria silbada en nuestro teatro.» ¡Pues bien! Rousseau se equivocaba, y con él la vulgar opinión que le seguía. «Era curioso por demás, dice un periódico francés al dar cuenta de la representación del *Edipo rey*, estudiar en el teatro de la *Comédie-Française* las impresiones de los hombres de letras y de los no ilustrados ante aquella grande obra maestra. El primer sentimiento era el de la admiración mezclada solo de cierto respeto religioso. Los que lo sabian y los que no lo sabian, no podian menos de sentir que llegaban al pie de aquellos templos, ante aquellos altares, y escuchando aquellos coros, á un misterio griego, á una suerte de ceremonia religiosa. Poco á poco iba dominando esta impresión, borraba ó hacia olvidar lo

extraordinario de los detalles, la primera sorpresa de la psalmodia de los coros. Un sentimiento en cierta manera religioso, que aunque incompleto, no carecia de misterioso encanto, excitaba la curiosidad y abria el alma á ese efecto trágico enteramente nuevo para ella. Nadie pensaba en aplaudir, pero todos los espectadores eran arrebatados y como heridos por un gran sentimiento; ninguno respiraba, para servirnos de las mismas palabras de Fenelon; todos vertian lágrimas. El autor del *Telémaco*, el hombre acaso que mejor ha comprendido la antigüedad y adivinado el espíritu moderno, dijo pues una gran verdad.»

Por lo que hace á nosotros, no vemos la imposibilidad de que semejante representacion tuviese un éxito tan completo en Madrid. De todos modos, damos el parabien al señor Alenda por su traduccion de la *Hecuba* de Eurípides y deseáramos que se decidiese á publicarla y hacerla representar en alguno de nuestros teatros.

V. FERNANDEZ FERRAZ.

Revista de Paris.

El año de gracia de 1860 que concluye en esta semana, parece un hombre que llegado al fin de su existencia, siente haber empleado mal su tiempo, y se consume en esfuerzos desesperados por reparar su falta. La actividad que reina estos días en Paris es cosa increíble. En tanto que los afortunados de este mundo, los ricos, los viajeros, aquellos que consagran la vida á los placeres, vuelven á Paris, las manufacturas trabajan, las tiendas se cubren de adornos para celebrar el día de Año nuevo, día que les promete tantas felicidades; los salones se preparan para las grandes recepciones; los teatros dan á luz sus mejores piezas; los artistas organizan sus conciertos; en suma, todo y por todas partes nos viene á decir que ha llegado el invierno y con él las multiplicadas diversiones que ofrece esta capital á sus habitantes.

Sin embargo, principia mal esta temporada de las fiestas parisienses; en los salones, lo mismo que en las calles, no se habla de otra cosa que de un crimen horrendo cometido en un coche de primera clase del ferro-carril del Este, donde ha sido asesinado y robado del modo mas cruel un presidente de sala del tribunal imperial, M. Poincot. En vano las conversaciones quieren girar sobre los asuntos ordinarios que se tratan en toda reunion, los bailes, los conciertos, las promesas de recepciones oficiales; al cabo se viene á caer en los detalles del crimen en cuestion, que son en efecto extraordinarios.

De todo lo que se ha dicho hasta el día se desprende que el asesinato fué cometido de noche cuando el tren estaba en marcha, y en el trayecto de Nogent del Marne á Noisy, á pocos kilómetros de la capital. M. Poincot venia solo, y se ignora cómo y cuándo se introdujo en su wagon el asesino. En cuanto á su salida, varios viajeros de tercera clase y una mujer que guardaba la barrera de camino á nivel, vieron á un hombre cuando el tren acordaba su marcha para detenerse en la estacion de Noisy, saltar de un coche á la via; este hombre cayó, pero se levantó al instante; y aunque parecia resentirse un poco de la caída, se fué á paso largo y saltó la verja que cierra el camino de hierro.

Los que distinguieron á este hombre pensaron que no habria tomado billete y habria querido evitar la estacion de Noisy. Lo mas extraño es que este hombre, á quien se atribuye el asesinato del presidente Poincot, tuvo cuidado de cerrar en parte la portezuela del coche que acababa de dejar, y de levantar los cristales para impedir que se viese el cadáver que estaba dentro. Así fué que solo en Paris se vino á saber el crimen.

Del exámen del compartimiento en que viajaba M. Poincot, resulta que los almohadones por ambos lados tienen pocas manchas de sangre; de donde puede inferirse que la víctima, atacada durante su sueño, fué arrojada al suelo para facilitar la consumacion del crimen. Se halló en el cuerpo la señal de un tiro disparado hácia el corazon. La bala atravesó las ropas, sin penetrar en la carne, y quedó entre el chaleco interior. Encima del ojo derecho se vió una herida ancha y profunda; se disparó un segundo pistoletazo, y esta vez el proyectil penetró en la cabeza; por fin, encima del oido izquierdo M. Poincot recibió otro balazo que penetró igualmente.

Pero aun no era esto bastante para el asesino; temiendo sin duda que este cadáver se alzase contra él, rompió con un instrumento contundente todas las partes del cráneo de la víctima; el horror de esta parte de la descripcion hace que renunciemos á ella.

Lo que deja sin explicarse esta abominable ferocidad, es que la lucha entre M. Poincot y su asesino no debió ser larga, ó mejor dicho, no hubo lucha; herido en su sueño por una mano firme y ejercitada, el presidente hubo de sucumbir al primer golpe. Así lo demuestra la expresion de serenidad que se notó en su fisonomía; no se vió ninguna señal de estupor ó de contraccion en la cara, como tampoco ningún desorden en los vestidos.

¿Y cuál ha sido el móvil de tan inicuo asesinato? Habíase dicho que debía atribuirse á una venganza personal; pero hoy está fuera de duda que no ha sido otro que el robo. Le robaron todo lo que llevaba encima, es decir, su reloj y un bolsillo con treinta ó cuarenta pesos. Se ha creído daría tentaciones al ladrón un saco de cuero que el presidente llevaba al cuello, y que tambien ha sido robado; pero el alevoso asesino solo habrá encontrado en él cuentas y planes de las casas de campo de M. Poincot y un librito de jardinería.

¿Se descubrirá al criminal? Hé ahí la pregunta que todos se dirigen. Parece ser que la justicia ha recogido ya varios indicios que la permiten seguir la pista; pero todo esto se

halla envuelto en una reserva bien natural, y el público nada trasluce.

Por desgracia la Inglaterra es un refugio bastante seguro para los delincuentes por lo mal que se hace en esa nacion la policia. Nuestros lectores recuerdan sin duda el gran robo de piedras preciosas que se hizo á M. Fontana, joyero del Palacio Real; los principales autores del delito se refugiaron en Inglaterra, donde no han sido hallados. Posteriormente se cometió un robo sacrilego en la catedral; todas las alhajas desaparecieron una noche de la sacristía; afortunadamente á la otra mañana encontraron la mayor parte de ellas en un saco metido en el rio; sin embargo, faltaban muchas piedras preciosas, y estas se fueron camino de Inglaterra.

El *Figaro* publicaba la semana última un extenso artículo firmado por M. L. Favart, en que á propósito de estos dos robos tan considerables entraba en comparaciones sobre la diferencia existente entre la policia de Londres y la de Paris. La audacia de los malhechores, dice este artículo, es muy grande, pues se hallan casi seguros de la impunidad. El respeto por la letra muerta de la ley y el de la libertad individual son objeto de tal fanatismo en Inglaterra, que un delincuente que pisa su suelo, al punto se halla al abrigo de toda persecucion ó reclamacion por motivada que sea.

Y efectivamente, parece ser que en cuanto se supo el atrevido robo de las joyas de la catedral, la policia parisiense logró descubrir de un modo positivo que sus perpetradores eran ingleses, y que se habian fugado á su pais con lo que habian cogido.

La administracion superior despachó pues á Londres á uno de sus agentes mas entendidos, con promesa de una buena gratificacion si lograba descubrir á los culpables.

El agente desplegó el mayor celo.

Por fin, al cabo de minuciosas investigaciones, llega al punto deseado, descubre las pedrerías que han sido vendidas todas por la cantidad de dos mil francos.

¿Dos mil francos por tales piedras, entre las cuales se cuenta el famoso zafiro que sirve al arzobispo para administrar la confirmacion, y que vale él solo mas de seis mil francos!

En fin, un perito calcula que las piedras robadas tienen un valor de treinta mil francos.

En todas partes del mundo se diria que el joyero que ha hecho tal compra es un encubridor de ladrones y seria castigado; pero en Londres pasan las cosas de otro modo. Despues de muchos pasos judiciales muy costosos, vendria á resultar que el comerciante en cuestion ha hecho un buen negocio por casualidad ó quizá por ignorancia, y no habria mas remedio que dejarle con su compra adquirida bajo tales condiciones.

Por esto el agente francés, temiendo no lograr nada por via administrativa, quiso probar el efecto de una negociacion particular.

Sin duda alguna estaba dotado de una elocuencia persuasiva, pues pasando con talento de los halagos á las amenazas, llegó; parece increíble! á oír la promesa de la restitucion por los dos mil francos que dió el joyero; el agente pidió cuatro días para que le llegaran los fondos de Paris; hubo alguna dilacion en el envío, y en este tiempo el negociante inglés, mejor informado de lo que valen sus derechos, retiró su palabra, y cuando el agente se presentó de nuevo pidió veinte mil francos.

Este hubo de abandonar su mision, dejando las pedrerías históricas de la catedral de Paris en las manos inmundas de los que se las habian apropiado.

Anteriormente M. Fontana, recelando que los autores del robo cometido en su platería eran ingleses, se fué á Inglaterra y se dirigió á la policia.

Al instante le prometieron ocuparse de su negocio.

— ¿Está Vd. dispuesto á llenar todas las formalidades precisas?

— Veamos cuáles son.

— La primera es hacernos fondos.

— ¿Qué cantidad?

— Diez mil francos que deben quedar á nuestra disposicion antes de dar el primer paso.

M. Fontana vió que la justicia era muy cara en Londres, y prefirió volverse á Paris sin valerse de ella para nada.

Triste es confesarlo, pero todo esto es verdad; nada mas difícil, mas lento y mas costoso que los servicios de la policia inglesa, sobre todo los servicios desinteresados.

Se está tratando de formar en Paris un círculo hispano-americano, montado con gran lujo, y cuyos directores se proponen convertir en un centro de reunion de los españoles y los americanos, que tanto frecuentan en el día la capital de la Francia. Ya circulan listas de suscripcion, y hemos visto en ellas los nombres de varios de los principales americanos y españoles residentes en Paris: la idea parece excelente: hace falta en efecto en esta gran capital un punto conocido donde puedan encontrarse y reunirse personas que hablan una misma lengua y que tienen entre sí tantas relaciones.

Y á propósito de clubs tenemos que contar una anécdota.

La escena pasa en un círculo elegante del boulevard en donde acaba de ser presentado un inglés de alta distincion, muy rico, y estrambótico como el que mas de sus compatriotas.

Entre los rasgos extraños y caballerescos que se contaron de él en la noche de su presentacion, el mas particular es este:

Un jóven amigo suyo se acercó una vez á él con su familiaridad acostumbrada; nuestro hombre le recibe muy mal y le dice con tono severo:

— Tengo una explicacion que pedir á Vd.

— ¿Qué ocurre, amigo mio? pregunta el otro sorprendido.

— Suplico á Vd. que no me hable con esa ligereza; se trata de un asunto grave.

— Vamos á ver.

— Usted se ha encontrado últimamente en un gran apuro.

— ¿Cómo es eso? Apuro; ¿en qué sentido?

— Sí, señor; ha necesitado Vd. una crecida cantidad de dinero.

— No puedo negarlo ni tengo por qué... pero ¿á qué todo esto?

— Mas aun; ¿no ha recurrido Vd. á un amigo?

— No, ciertamente.

— ¿Se ha valido Vd. de un usurero?

— Así ha sido.

— ¿Y porqué no ha venido Vd. á mí?

— Mil gracias... pero no habia pensado...

— Pues bien, ha puesto Vd. en duda mi amistad creyendo que yo no le sacaria de su apuro; y es un insulto por el cual me dará Vd. satisfaccion.

Aquel á quien se dirigia esta provocacion extraordinaria quiso protestar; intervinieron amigos que se esforzaron por arreglar el negocio; pero el que se llamaba ofendido insistió en batirse, y consiguió dar una estocada al jóven amigo que habia tenido la villanía de no recurrir á él necesitando dinero. Veremos si los amigos que encuentre en Paris le ponen tambien en el caso de desenvainar la espada.

Terminaremos con dos noticias que han circulado en Paris esta semana. La primera es que M. de Lamartine ha comenzado á encontrar la ocasion de deshacerse en parte de sus propiedades. La posesion de Milly, uno de los viñedos mas considerables de Francia, que hasta el día habia pertenecido al ilustre poeta, acaba de pasar á otras manos. Esta propiedad habia adquirido una fama universal, porque fué la cuna de Lamartine, celebridad consagrada despues por la meditacion poética titulada: «Milly, ó la tierra natal.» Concebimos el dolor del poeta al verse en la necesidad de sacrificar su techo paterno á las imperiosas exigencias de la posicion en que se halla, y de la cual no han podido sacarle ni la suscripcion pública abierta á su beneficio, ni la gran edicion de sus obras completas que publica por cuenta propia en el día, y que tiene sin embargo un crecido número de suscritores.

La segunda noticia es que M. Scribe, el autor de tantas y tan celebradas comedias, se retira definitivamente del teatro y abandona la capital por su residencia campestre. A pesar de todo cuanto se ha dicho contra su incontestable talento para la comedia, el anuncio de su retirada ha producido bastante sentimiento en las personas desinteresadas, que no perteneciendo al arte, no han tenido jamás ninguna queja contra el hombre cuya fecundidad era un pecado que no tenia perdón. Veremos pues si entre el crecido número de autores de mediano ingenio que hoy abastecen los teatros de Paris con producciones que no queremos calificar aquí en masa, pero que jamás serán recibidas con la unánime aprobacion que dentro, y sobre todo fuera de Francia han merecido las de M. Scribe, habrá alguno que le reemplace.

MARIANO URRABIETA.

Expedicion de Siria.

(Véanse los grabados en la página siguiente.)

TRANSPORTE EN GAMELLOS DEL MATERIAL DE UNA SECCION DE UNA BATERIA DE CAMPAÑA DE CAÑONES RAYADOS DE 4.

No pudiendo salir de Beyruth la batería de campaña en razon á la ausencia completa de carreteras que hay en el pais, el general de division M. Beaufort de Hautpoul, comandante en jefe del cuerpo expedicionario de Siria, mandó que una comision compuesta de oficiales de artillería se ocupara en tomar las disposiciones convenientes para trasportar el material por medio de camellos.

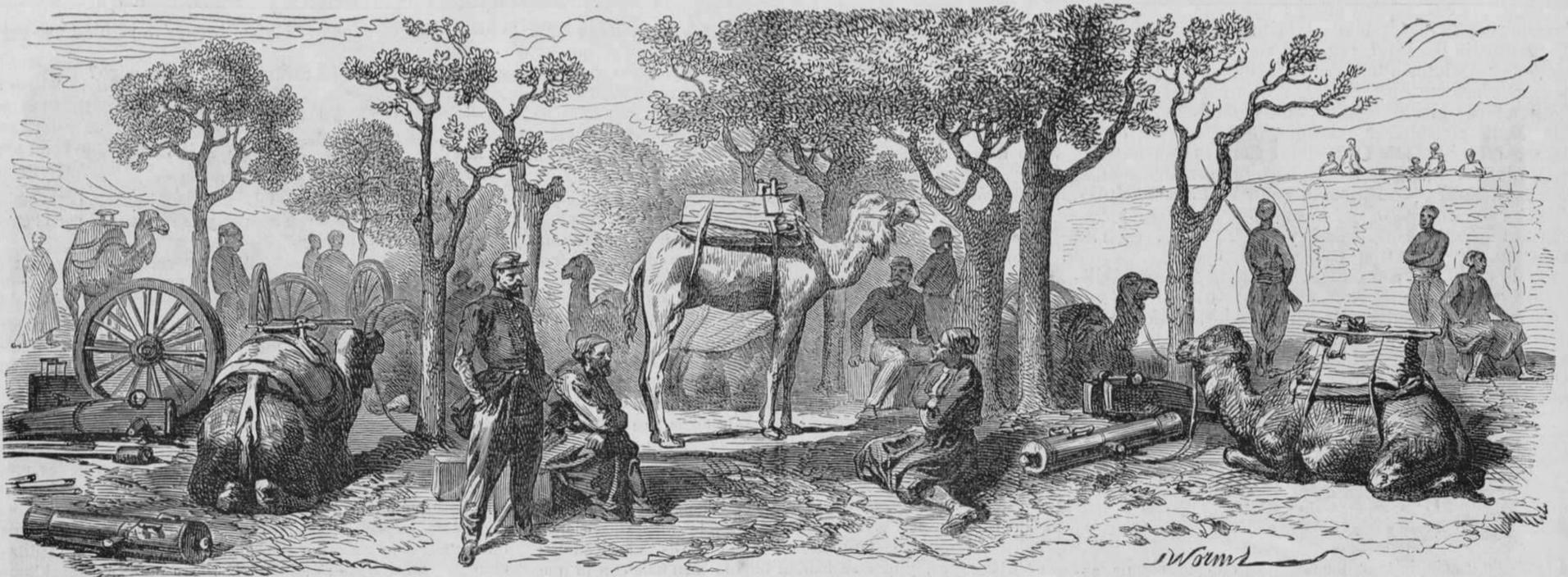
Las experiencias fueron hechas con una seccion y dieron el resultado mas satisfactorio; seguidamente se completaron por una marcha de dos días en la direccion de Deir-el-Kamar, por caminos que se consideraban como muy difíciles, aun para mulas cargadas.

La operacion de cargar los camellos no exige mas de media hora, y las baterías se ponen en cinco minutos.

Eleusis.

I.

El camino que conduce de Atenas á Eleusis es en parte la antigua via que tomaban las procesiones cuando se dirigian hácia el santuario, cuando llevaban cada cinco años la estatua de Baco al templo de Céres. No es difícil representarse la magnificencia de aquellas «teorías» en las cuales se revelaba el carácter eminentemente poético del politeísmo helénico. Figurémonos un camino adornado de monumentos debidos á aquellos artistas cuyas obras todas presentaban, digámoslo así, el sello distintivo del genio. En aquella «Via sagrada» veinte ó treinta mil personas manifestaban, con la vivísima expresion de las razas meridionales, el entusiasmo que les inspiraban unas ceremonias cuya influencia era tan considerable en las inteligencias, que un emperador, un filósofo, un soldado como Juliano el Apóstata, las comparaba con acento de triunfo, al culto sin brillo aun de los que llamaba desdeñosamente galileos. Ningun clima, ninguna nacion se prestaba como la Grecia á esas pompas de una religion enteramente artística. Bajo aquel cielo de una serenidad constante, no habia que temer que un diluvio inesperado viniese á poner en dispersion una procesion de tantos esplendores. El culto que los helenos profesaban á la belleza no les habria permitido introducir en su cortejo de estatuas ninguna que no fuera una obra maestra. Los pueblos neo-latinos al heredar su gusto por las manifestaciones religiosas, no han conservado la pureza de su gusto artístico. Por lo demás, esta mezcla de lo hermoso y de lo feo, de las casullas de oro y de los ropajes



EXPEDICION DE SIRIA. — TRASPORTE DE LA ARTILLERÍA ANTES DE LA SALIDA DE SU PARQUE EN BEYRUTH.

lúgubres, se explica por una cualidad de elementos que en Grecia no existía. Los helenos no estaban obligados á conciliar en sus pompas el culto de lo bello con el del dolor, ni de llevar al lado del tipo de la belleza representado por la Madona, el tipo del dolor personificado en el Divino Crucifijo. La Grecia ortodoxa, mas lógca que la Italia, ha quemado sin piedad sus antiguos dioses. La severa Panaghia no ha conservado nada de las formas voluptuosas del arte pagano.

Si la religion de la Grecia se ha trasformado de un modo tan completo, la naturaleza que sufre con mucha lentitud la accion de las causas físicas, se ha quedado en parte lo mismo que en la época en que los « dioses inmortales » nacian en la imaginacion de los poetas. La llanura de la Atica, que atraviesa la via, no tiene nada de monótono, gracias á la série de colinas que se destaca del Himeto, colinas sobre las cuales los atenienses construyeron edificios cuya perfeccion probablemente no se igualará nunca. El inmenso olivar donde se penetra, despues de haber nasado la capilla de Hagia-



ANTIGUA FUENTE ARABE EN LA PLAZA DEL MERCADO DE GRANOS EN BEYRUTH.

Triada es tan antiguo, que se podria creer que ha visto á los contemporáneos de Sócrates, y que los discípulos de Aristóteles se han parado en él discutiendo acerca de las categorías. El Cefiso, hoy casi seco, ha padecido mas con los ultrajes del tiempo que la comarca que recorre. El desmonte ha sido tan funesto para la Grecia como para la Provenza y otros países meridionales. Es de esperar que los progresos de la silvicultura al devolver á las montañas un adorno necesario para la formacion de los manantiales, restituirán á la tierra helénica los elementos de su fecundidad primitiva. Ya en la llanura de la Atica las colinas comienzan á cubrirse de monte. Si en el corto espacio de veinte y cinco años, la triste aldea que llamaban Atenas en 1834 se ha convertido en una de las mas hermosas ciudades del Oriente, la campiña parece haber renacido en torno de la capital. Los plantíos han reemplazado los pantanos, y varios caminos tan indispensables á la agricultura como al comercio, han puesto á Atenas en comunicacion con las cercanías. La hermosa de los laureles



LA SECCION DEL TRASPORTE DE ARTILLERÍA EN MARCHA POR EL CAMINO DE DEIR-EL-KAMAR.



RUINAS DE UN TEMPLO EN ELEUSIS.

á cuya sombra murmuraba la onda perezosa del Cefiso, la transparencia inalterable de la atmósfera, el radiante brillo del sol de Oriente, pueden bastar al poeta y al artista; pero las masas tienen necesariamente otras aspiraciones que los servidores de las musas; ellas saben que las naciones agrícolas con sólidos ejércitos, son las únicas que poseen las condiciones necesarias para el sostenimiento de su independencia, y que aquel que planta un árbol ó traza un surco, es tan necesario á la patria como el soldado que derrama su sangre por ella, ó como el escritor y el sabio que la ilustran con sus obras. Pero no es en Grecia donde hay

que defender semejantes ideas. Por una de esas sublimes inspiraciones que tan alto han elevado el genio helénico, la Grecia hizo de la agricultura un arte realzado por una diosa bienhechora. Además, ¿no fué en la casa de Pítaco donde Céres enseñó el cultivo de la higuera? ¿no fué ella quien dió lecciones al rey de Eleusis y á sus súbditos sobre la agricultura y la « doctrina sagrada? »

II.

La aldea de Eleusis ó de Lepsina, situada en el fondo de un golfo (el Sarónico), se halla en una magnífica si-

tuacion. Apenas el azul de los lagos helvéticos puede dar una idea del precioso color de las ondas que bañan ese golfo, donde asoman algunos islotes. La isla de Salamina cierra la entrada del golfo á que ha dado su nombre. Para disfrutar completamente de la vista del mar, de los árboles y de la isla es preciso subir al cerro donde estuvo en otro tiempo el acrópoli de Eleusis, y que se halla coronado por una torre veneciana edificada sobre antiguos cimientos. De allí se distinguen los restos de un fuerte arruinado por los siglos. Mas arriba se elevan en anfiteatro las cuevas del Egaleus y del Korydalus. Los arcos de un acueducto romano que llevaba



EXCAVACIONES PRACTICADAS EN ELEUSIS POR ÓRDEN DEL GOBIERNO FRANCÉS.

el agua á la ciudad, son otro resto de la antigua civilización. A la izquierda la vista se detiene en la aldea de Thria, que da su nombre á esa parte de la llanura llena de viñas, olivares é higueras. Fácil es pensar la grandéza que añadia á este paisaje el templo de Ceres, vasto y maravilloso edificio construido de mármol péntico, gracias á Pericles, y que fué destruido por las bandas salvajes que Alarico capitaneaba. La celebridad de ese santuario, en el que habian trabajado los mejores artistas de un siglo fecundo en prodigios, decidió al gobierno francés á mandar que se practicasen allí algunas excavaciones; y habiendo producido estos trabajos dirigidos por un arqueólogo francés M. Ch. Lenormant resultados que han podido apreciar ya todos los sabios de Europa, se dió una nueva orden para que se continuasen las tareas emprendidas. M. Ch. Lenormant pereció víctima de su celo por la ciencia, y entonces se encargó á su hijo M. F. Lenormant que prosiguiese unas obras que hacen tanto honor á su país. Ya están enteramente limpias las ruinas del templo de Diana. Encontré á M. Lenormant en medio de muchos obreros desafiando el ardor del sol que fué tan funesto á su padre. Su tarea no es fácil, pues la aldea se construyó sobre el sitio que ocuparon antiguamente los monumentos de Eleusis. Esta aldea es uno de los muchos ejemplos de los destrozos hechos en la península oriental por los bárbaros de todas las razas. Quemados por los persas, despues de la derrota que sufrieron en Platea, Eleusis y su templo salieron con la misma Grecia mas gloriosos de una prueba transitoria. Pero las invasiones que siguieron á la era cristiana se sucedieron tan rápidamente, que el país no ha logrado aun cicatrizar sus heridas. Los turcos pusieron el colmo á tantos males. Este pueblo fino-mongol posee un poder de destrucción que jamás han tenido las naciones de la noble raza ariana. Los germanos y los eslavos, despues de haber destruido la antigua civilización y los monumentos de la era clásica, no tardaron en producir un nuevo orden social, y en construir edificios de una incontestable grandéza. Los turcos, que no hay que confundir como hacen á menudo con los árabes (1), pueblo semítico; los turcos, hijos de las estepas, parecen haber jurado devolver al mundo su «hermosura primitiva.» Por eso bajo su yugo de hierro, las ruinas se añaden á las ruinas y las catástrofes á las catástrofes. ¡Cuánto tiempo no necesitará un pueblo activo é industrial como los griegos para borrar las huellas de su funesta dominación!

En Eleusis, los destrozos de la fiebre vinieron á completar la obra de las invasiones. Careciendo esta ciudad de toda importancia política ó comercial, no ha podido salir aun de sus ruinas. Pero la Grecia trabaja con perseverancia en remediar los males causados por los bárbaros. A medida que las ciudades vuelven á levantarse, á medida que la extensión de los cultivos transforma los pantanos en campos fértiles, el número de los nacimientos sobrepuja al de las defunciones. Al recobrar la plenitud de sus fuerzas físicas, las poblaciones se sentirán animadas de una inteligencia mas emprendedora. La superioridad de los antiguos helenos sobre sus ruinas procedía en parte de la excelencia de su régimen. Los escritos de sus médicos, desde Hipócrates, prueban que importancia daban á la salubridad de las localidades, á la ventilación de las casas, al uso de los baños, á la gimnasia, á la limpieza de las ropas, á la elección de los alimentos; así, como lo prueba la relación que Jenofonte nos ha dejado de la retirada de los diez mil, soportaban cuando era necesario fatigas inauditas. Basta echar una ojeada á los aldeanos de Eleusis que son de origen albanés, para ver que no disfrutan de tan buena salud como los antiguos habitantes de la comarca. Los niños, que llevaban en brazos mujeres pobremente vestidas, no tenían generalmente un aire robusto. Los trabajos excesivos impuestos á las mujeres, son una de las causas que impiden que la raza conserve su fuerza. Una madre muy cansada no puede alimentar bien á sus hijos. He notado que en los países de Occidente, afamados por la pureza de la sangre, no se impone á nuestro sexo ninguna faena penosa; así lo exigen el bienestar y la salud de la familia tanto como la humanidad. ¿Cómo una madre puede consagrar á los cuidados de sus hijos y de su casa el tiempo necesario, si debe ocuparse de mil cosas á la vez? De éste modo en Eleusis, en tanto que ciertas matronas tejían lienzo delante de su casa, ó hilaban corriendo las calles de la aldea, otras llevaban á hombros el cantarillo de agua que van á sacar de un pozo situado á cierta distancia de la aldea.

Las ocupaciones que las tradiciones de la Albania imponen á las mujeres se conciliarían mal con un traje elegante. Sin embargo, un collar de coral con monedas colgantes adorna la garganta de las aldeanas de Eleusis. Su vestidura es muy sencilla; se compone de una camisa estrecha, de un capote de paño blanco bordado y abierto por delante, de un delantal corto de lana de colores variados, y de un corpiño alto. Los muebles de que disponen son muy escasos; una cama estrecha, cubierta con una alfombra, un tronco de árbol en forma de cuna, un armario, una mesa redonda y baja, tazas y cántaros; hé ahí los principales muebles de una cabaña que he visitado. Pero una niña llamada Catalina bastaba para dar á esa pobre vivienda el hechizo inexplicable que trae consigo la gracia y la hermosura. Su talle esbelto, sus grandes ojos negros, su dentadura de un brillo incomparable, su sonrisa que parecía

alumbrar la choza, y su reserva, hacían de ella un modelo de encantos. Una larga escopeta colgada de la pared me recordó con qué facilidad las modestas vírgenes de la península oriental se transforman en indómitas heroínas ó en mártires resueltas á morir mil veces antes que caer en las manos infames de los soldados del Islam. Quizá, me decía yo, no está lejos el día en que las hermanas de esta amable Catalina, darán en las gargantas del Epiro ilustradas por tantos combates, la señal de una lucha que esta vez ahuyentará á los bárbaros de la Europa. En efecto, en toda la península se espera el momento solemne. En la cumbre de los Carpates el águila de Trajano arroja miradas sombrías sobre los valles de Famesana y Bukovina, arrebatados á los descendientes de los veteranos romanos; los intrépidos pastores de la Bosnia y de la Servia, unidos á sus hermanos de la Croacia, piensan en vengar los desastres de Kossoro; el búlgaro pacífico pero tenaz, está cansado de emplear sus brazos laboriosos en provecho de conquistadores bárbaros; los hijos de los soldados de Scanderberg repiten que el furor de Mahomet II se estrelló contra las rocas de la Albania, y los helenos que se han quedado bajo el cetro de los sultanes, suspiran por el día en que podrán enarbolar á su vez la bandera azul con cruz de plata que ondea en los muros de Esparta y de Atenas. El tiempo de las divisiones funestas ha pasado; rumanos y magyares están de acuerdo: croatas, serbios y bosniacos se reconocen como hijos de la misma patria. Aun admitiendo que entre los pueblos de la península oriental se encuentren todavía algunos hombres que no sienten la necesidad de la unión, las lecciones del pasado han sido bastante severas para que la inmensa mayoría comprenda hoy la imperiosa necesidad de una política verdaderamente fraternal.

Atenas, 1860.

CONDESA DORA DE ISTRIA.

UNA HISTORIA INGLESA.

PRIMERA PARTE.

(Continuación.)

John se estremeció; y habia motivo, pues los periódicos habian estado contando todo el invierno las historias mas escandalosas sobre Nelson y sobre lady Hamilton.

— Tened cuidado con lo que decís, exclamó con agitación; toda mancha en la reputación de una mujer no solo perjudica á ella sino á todos cuantos la rodean. En nombre del cielo, Abel Fletcher, que sea verdad ó no, guardaos muy bien de decir en Norton-Bury que lady Carolina Brithwood ha sido amiga de lady Hamilton.

— ¿Qué nos importan las mujeres? dijo mi padre subiéndole los escalones del peristilo de su casa.

John le seguía.

— No, joven *gentleman*, mi humilde morada no es digna de tí.

John se inmutó, pero serenándose repuso:

— Sois injusto conmigo, Abel Fletcher, y vos mismo no habeis de tardar en reconocerlo. ¿Puedo entrar?

— Mi padre no respondió, pero yo arrastré á John conmigo. A la verdad muchas cosas teníamos en qué pensar antes de preocuparnos con aquellos accesos de mal humor.

¿Qué significaba el extraño convite de Mrs. Jessop? Pero no; yo me engañaba sin duda, y John lo mismo que yo, solo habia tenido una ilusión pasajera.

La excelente mujer del doctor, la buena institutriz de Ursula March no podia atraer á un joven á su casa con el cebo de una vana esperanza. Yo hasta me hallaba seguro de que si encontráramos en su domicilio á los Brithwood, no estaria con ellos otra persona. Mis últimas dudas acabaron de disiparse cuando al tomar el té nos llegaron dos elegantes esquelas de convite, las primeras de este género que habian atravesado el umbral de nuestra casa. Jael nos las arrojó como si hubiesen sido tizonas del infierno.

Era una invitación á cenar en casa del doctor Jessop con M. Brithwood y lady Carolina.

— Enseñad esa esquila á vuestro padre, Phineas, dijo mi amigo tratando de disimular la sonrisa que asomaba á sus labios... ¡Mañana... es mañana!

¡Pobre joven! todo lo olvidaba; no pensaba mas que en el convite.

La voz de mi padre le hizo volver en sí.

— Phineas, tú te estarás en casa; dí á la mujer del doctor que tal es mi voluntad.

— ¿Y John, padre mio?

— John puede correr á su pérdida si eso le conviene; es dueño de sí mismo.

— Sí, lo he sido siempre, repuso mi amigo con un tono en que habia mas tristeza que orgullo. Habria podido correr á mi pérdida hace algunos años, sin la misericordia del cielo y sin vuestra bondad, Abel Fletcher. No permitamos pues que hoy la desunión se introduzca entre nosotros.

— Tú tienes la culpa. ¿Porqué no te estás en tu clase? ten el respeto de tí mismo; sé un honrado comerciante como lo has sido hasta aquí.

— Y como espero serlo siempre, añadió John. Pero eso no es mas que mi profesión, no soy yo mismo. Yo, John Halifax, soy el mismo hombre en la tenería que en el salón del doctor Jessop; no me creo ni degradado por la una ni elevado por el otro. No me respetaría, en efecto, si pensara de otro modo.

— ¡Ah! exclamó mi padre, y en su sorpresa dejó caer su pipa; ¿con que entonces te consideras ya como un gentleman?

— Sí, señor; al menos espero serlo, ya lo he dicho.

— ¿Digno de asociarte con los grandes del país?

— Seguramente si ellos lo desean, y si yo lo quiero.

Ahora bien, Abel Fletcher, como todas las personas honradas, era hombre que hacia mucho caso de la sinceridad; y habia en la franqueza de John y en la expresión de su mirada leal alguna cosa que parecia producir en él mas impresión que de costumbre.

— ¡Ah! ¡jóven! ¡jóven!... tu juventud no durará siempre, dijo dejando caer las cenizas de su pipa.

Luego se quedó pensativo.

John despues de haberle contemplado un momento, exclamó:

— Habria podido ir mañana á casa del doctor Jessop sin que lo supierais ó sin vuestro permiso; pero prefiero obrar francamente con vos, como es mi costumbre. Habeis sido para mí el mejor de los amigos, el mas indulgente de los amos; mientras viva trataré de no engañaros nunca, y me opondré lo menos que pueda á vuestros deseos.

La emoción, el respeto con que pronunció estas palabras habrian enternecido á un hombre mas duro que Abel Fletcher.

— John, ¿porqué quieres ir á casa de tales personas?

— No es porque son mas ricas ni mas poderosas que yo; tengo otras razones... razones particulares.

— Sé franco, dime cuáles son.

Pero aquí se cruzaba la dificultad.

— ¿Porqué te sonrojás? ¿Hay alguna cosa que deba avergonzarte?

— No por cierto.

— ¿Es un secreto que no puedas divulgar sin deshonra para tí ó para otro?

— ¡Deshonra! repitió mi amigo; y sus ojos lanzaron destellos de indignación.

— Entonces dí la verdad.

— Voy á deciroslo. Deseo ante todo cerciorarme por mis propios ojos de si lady Carolina es digna de tener en su casa á una persona que es joven.... inocente y buena.

— ¡Ah! ¿Tiene á su lado una persona que tú conoces?

— Sí.

— ¿Hombre ó mujer?

— Mujer.

Mi padre se volvió bruscamente y miró á John de cara; pero por severa que fuese su mirada, se podia ver en ella una extraña compasión.

— Jóven, me lo sospechaba; has encontrado lo que envenena la vida del hombre, una mujer.

Con gran asombro por mi parte, John no respondió una palabra. Se habia quedado como petrificado delante de mi padre, olvidándose de sí mismo para no pensar mas que en el anciano, cuyas facciones contraídas hacían daño á los ojos. Habriase dicho que alguien habia puesto el dedo en una llaga viva y oculta largo tiempo en lo mas recóndito de su corazón. Solo mas tarde comprendí la mirada y la paciencia de mi amigo.

Por fin á la angustia sucedió la ira.

— Explicate; ¿quién es quien te engaña? ¿Se trata de casamiento ó...

— Deteneos, exclamó John con las megillas encendidas; la jóven señorita...

— ¡Ah! es una señorita... veo ahora porqué quisieras tú ser un gentleman.

— ¡Oh! padre mio ¿cómo podeis?...

— ¿Tú tambien lo sabes? Lo leo en tus ojos. Tú quisieras dejarte arrastrar por él otra vez; pero antes de encerraria que dejarte correr á tu pérdida y á la deshonra de tu padre.

Estas palabras eran duras, pero John me tomó una mano y me hizo señal de que me callara; John estaba mas enterado que yo, como ya he dicho, en todo lo concerniente á mi padre.

— Os engañais, exclamó; Phineas nada tiene que ver en todo eso. No merece ninguna reprimenda, como yo no la merezco tampoco; convendriais en ello si supierais todo lo que pasa.

— Pues bien, dímelo todo; el honor es franco; solo la vergüenza obra con disimulo.

— No tengo que avergonzarme por nada; un amor puro y casto no deshonra á un hombre. Confesándole no hago, daño á nadie; ella no sabe que yo la amo... y ella no me ama.

Al decir estas palabras, John que se habia levantado dió un paso hácia atrás y se sentó de nuevo. Su rostro estaba escondido en la sombra; pero la llama de la chimenea alumbraba sus manos fuertemente estrechadas una contra otra, é inmóviles como las de una estatua.

Mi padre estaba muy conmovido; Dios solo puede saber los recuerdos que agitaban entonces el corazón del anciano.

Los tres guardamos silencio.

— Preferiria no deciroslo. Su posición en el mundo es muy superior á la mia.

— ¡Ah!... mas sin embargo, ¿tú no querrás humillarte y sacrificar la paz de tu vida?... ¿no querrás casarte con ella?

— Si me amara, si honrosamente pudiese igualarme con ella, y lograra que me correspondiese, me casaria, sí, me casaria.

Estas palabras valerosas que parecían llenas de esperanza, infundieron á mi padre una sorpresa mezclada de respeto.

(1) La noble conducta del intrépido emir Abd-el-Kader demuestra suficientemente la diferencia de las dos razas.

— Haz lo que te parezca mejor, y que Dios te ayude, dijo con bondad. ¡Ojalá no tengas que maldecir nunca el anhelo de tu corazón! No temas nada, respetaré tu secreto.

— Estaba seguro de ello.

— Phineas, si quieres, puedes acompañar á tu amigo. Mi padre volvió á encender su pipa, dándonos á entender así que no quería se hablase más del asunto.

Muchos años después, cuando ya no quedaba de mi padre más que una tumba verde al lado de otra tumba en el cementerio de los Amigos en Saint-Mary's Lane, supe lo que todo Norton-Bury sabía hacía tiempo; que mi pobre madre, cuya vida había sido tan corta y tan desventurada, pertenecía á una clase superior á la de Abel Fletcher; en una palabra, que era una *gentlewoman*.

XVII.

El salón de Mrs. Jessop estaba alumbrado por una llama brillante y por las luces de muchas bugías.

Algunas señoras con ligeros vestidos de gasa, algunos caballeros muy orgullosos con sus casacas de paño azul y botones dorados, muchas sonrisas, muchas palabras vanas, hé ahí todo el recuerdo que me ha quedado de una escena entonces enteramente nueva para mí.

La señora del doctor nos presentó á todos sus convidados. No me acuerdo bien cómo nos recibieron, sin duda con una especie de sorpresa de buen tono, pues la sociedad era entonces muy amiga de la etiqueta; lo único que recuerdo es que Mrs. Jessop dijo en alta voz y acentuando sus palabras con una ligera sonrisa:

— Es mucha amabilidad el haber venido, M. Halifax; lady Carolina se alegrará mucho; tiene un gran empeño en conocerlos.

Estas palabras valieron muchas lisonjas á M. Halifax.

En cuanto á John muy luego se hizo puesto entre toda aquella gente con esa dignidad modesta que conviene á un joven. Parecía conocer los escollos de la sociedad y los evitaba naturalmente.

— M. Brithwood y lady Carolina llegarán más tarde, dijo Mrs. Jessop á una señora que estaba sentada á su lado; creo haberos dicho que miss March...

Pero en el mismo instante la puerta se abrió y un criado anunciaba á M. Brithwood y á lady Carolina Brithwood.

Yo me hallaba sentado junto á una ventana con John, pero no me atrevía á hablarle ni á mirarle. A decir verdad, no estaba yo iras tranquilo que él, aunque nunca haya amado, pues los hermosos días de Enderly habían dejado como un reflejo sobre mí. A veces me parece haber atravesado las puertas de oro y penetrado lo bastante en el encantado Eden de la juventud, para poder llorar hoy con los que lloran fuera.

Pero... ella no estaba allí.

Yo había visto poco á M. Brithwood. Era un joven alto, bastante apretado en sus vestidos de color claro. En cuanto á su mujer, que había pasado ya la primera juventud, era hermosa. Me pareció vestida á la griega; sus brazos y garganta resplandecían de piedras preciosas; y sus sonrisas no eran menos deslumbradoras que sus alhajitas. Prodigaba estas sonrisas á la familia del doctor, á quien honraba con su visita.

El pobre hombre se confundía en reverencias, en lisonjas, en palabras melifluas, sin olvidar de aludir al día en que Su Graciosa Majestad, la reina Carlota, la había hecho el honor de caer enferma al pasar por Norton-Bury. De aquella época databa la fortuna del buen doctor.

Mistress Jessop parecía estar menos deslumbrada con el honor que se dignaba dispensarla la hija del conde de Luxmore. Después de los cumplimientos de costumbre, se puso á conversar con M. Brithwood. Yo traté en vano de oír en su conversación el nombre de Ursula.

¡Ay! Así se desvanecía el sueño, la esperanza que había leído todo el día en los ojos de mi amigo! No la vería!... Mi corazón se desgarraba al mirarle, pero era preciso disimular, pues la vista de Mrs. Jessop se fijaba á menudo en nosotros, con una expresión que yo no podía explicarme. Sin embargo, me hallaba bien seguro de que una persona á quien Ursula March amaba tan tiernamente no podía alimentar en su corazón un sentimiento de malevolencia.

Fijé mi atención en los Brithwood. Era imposible dejar de mirar á la hermosa lady Carolina que la mitad de Norton-Bury admiraba, mientras era objeto, por parte de la otra mitad, de odios y de envidias. Pero todos aquellos que la conocían, todos cuantos se acercaban á ella quedaban como subyugados por sus hechizos; el agrandar parecía estar en la esencia de su naturaleza.

Aquella noche cada cual se fué acercando poco á poco al grupo que se había formado en su derredor, hombres, mujeres, todos fascinados por su rara belleza, sus distinguidos modales y la gracia de su sonrisa.

Yo me preguntaba qué es lo que pensaba John de lady Carolina. Esta señora no podía verte bien, aunque su mirada penetrante parecía distinguir al vuelo todo lo que pasaba en su derredor. Habíase retirado á un rincón de la sala, de donde aquellos que conversaban con él se habían ido retirando uno á uno, como si al fin les hubiera espantado el golfo que existía entre John Halifax el curtidor y los Brithwood de Myrtle-House. Aun había algunos que miraban de reojo á Mrs. Jessop, como reconviéndola porque había reunido en su casa personas de condiciones tan distintas.

De este modo pues, John y yo llegamos á encontrarnos aislados de lo restante de la sociedad y medio escondidos en el marco de una ventana.

Pero muy luego oí á lady Carolina que decía en voz baja á Mrs. Jessop:

— Y ahora que me acuerdo, Mrs. Jessop; ¿dónde está vuestro joven héroe, el hombre del pueblo? No le descubro. ¿Lleva zapatos claveteados y medias de lana? ¿Tiene la cara ancha y la nariz levantada de vuestros aldeanos ingleses?

— Vos misma podeis juzgar... M. Halifax, permitidme que os presente á lady Carolina Brithwood.

Si la hija de lord Luxmore pareció cortarse una vez en su vida, sin duda fué en aquel instante.

— ¿Es ese?... ¡Dios mío! exclamó conteniendo un movimiento de sorpresa y retirando la mano que había alargado ya.

Era imposible tomar un aire protector con John Halifax.

Mi amigo se inclinó gravemente y ella le hizo una graciosa reverencia. Se encontraban de igual á igual la *dama* y el *gentleman*. Lady Carolina se repuso en breve, y exclamó como disponiéndose á una nueva conquista y olvidando las que acababa de hacer:

— Me alegro mucho conocerlos, M. Halifax. A mí me gusta mucho el pueblo, sobre todo, añadió echando una mirada maliciosa á su marido y al doctor Jessop que acababan de ensalzar á M. Pitt y de declamar contra el primer cónsul, sobre todo el pueblo francés. ¿Me comprendéis, M. Halifax? preguntó en francés.

— Sí, señora, os comprendo, respondió John en la misma lengua.

Lady Carolina se sorprendió. En la clase industrial inglesa se hablaba muy poco el francés, ó por mejor decir, solo se hablaba en la clase alta.

— Pero no puedo participar de la opinión de lady Carolina, continuó John, si coloca en la misma línea al pueblo inglés y al pueblo francés; son dos clases de seres muy diferentes.

— ¡Ah! *ca ira, ca ira*, dijo tarareando en voz baja algunas notas de esta horrible canción. Ya que conocéis el francés, hablemos en esta lengua, y así no escandalizaremos á nadie.

— No le hablo con bastante facilidad, como que le he aprendido yo solo.

— Pues es la mejor manera de aprenderle. ¡Dios mío! De veras habeis nacido para ser un héroe; no os falta más que el último toque, el que da una mujer. ¿Habeis tenido amistad con alguna señora?... Pero no debo yo lisonjearme... además, prefiero la sencillez y la franqueza. Sí, seréis el hombre del pueblo; ¿habeis nacido en el pueblo? ¿Qué eran vuestros padres?

John vaciló, pues pronunciaba rara vez los nombres que tenía escritos en la vieja Biblia; eran nombres sagrados para él, y le repugnaba sacarlos á relucir para satisfacer una vana curiosidad.

— Señora, dijo con tono muy serio, os he sido presentado simplemente como John Halifax, y creo que en tanto que lleve este nombre sin deshonrarle, me deberá bastar á los ojos del mundo.

— ¡Ah! Entiendo, entiendo (pero John tenía los ojos bajos y no pudo notar la simpatía que se pintaba en los de lady Carolina); tenéis razón; ¿qué es la nobleza al fin y al cabo?... un mármol frío y terso, pero sin nada en su interior. Dadme la sangre y la vida del pueblo... ¡ah! yo preferiría ser un hijo del pueblo de París, antes que ser mi hermano William.

Continuó hablando en este tono, ora en inglés, ora en francés. John respondía poco, pero esto no la desanimaba en su propósito de agrandar, muy al contrario. Decididamente la naturaleza parecía haberla creado para eso. En cualquiera de las clases sociales en que hubiese nacido habría sido el centro mágico de todos los que se hubiese dignado elegir. Y no era porque su conversación fuese brillante ó profunda, sino porque poseía en alto grado el arte de hechizar, aparentando estar ella hechizada.

El carácter de lady Carolina me llamó mucho la atención, y aun en el día al cabo de tantos años me la llama. Me la represento tal cual la ví entonces, amable, alegre y en todo el brillo de su seductora hermosura. La sociedad sabe lo que fué su vejez, ó al menos cree saberlo; pero el cielo es sin duda más misericordioso, y por más que digan de ella, yo no puedo decir sino: « ¡Pobre lady Carolina! »

John y ella conversaron largo tiempo; ella le atraía como toda mujer de mundo atrae á un joven á quien quiere distinguir, y él se abandonaba al ascendiente de su belleza. ¿Había olvidado?... No; la expresión inquieta de su mirada al menor ruido que se oía en el salón, me lo probaba claramente; pero no por eso se mostraba menos digno de la atención que le acordaban, y á mí me enorgullecía el pensar que la prima de Ursula le veía tal cual era.

— Lady Carolina, exclamó Mrs. Jessop, temo que tengamos que renunciar al placer de ver á nuestra joven amiga esta noche.

— Ya os lo he dicho, respondió lady Carolina con alguna sequedad, pues no la gustaba que la interrumpieran cuando estaba hablando, los viajes en posta son siempre inseguros, y el camino de Bath es bastante malo.... ¿Habeis estado alguna vez en Bath, M. Halifax?

— Pero se me figura que está demasiado tiempo en camino, repuso Mrs. Jessop con inquietud; ¿qué criados la acompañan?

— Su doncella y un criado nuestro. No tengais cuidado, excelente y fiel institutriz, vuestra ex-discipula

está en seguridad, puedo afirmároslo. El ardor de los pretendientes de herederas en Bath ha disminuido muchísimo desde que han sabido que miss March...

— Perdonadme que os interrumpa, dijo Mrs. Jessop; hay aquí extraños. Pero no estoy alarmada por mi querida niña, os lo aseguro.

— ¡Qué cosa tan hermosa es una amistad fiel! exclamó lady Carolina volviéndose hacia John.

El joven se inclinó en señal de asentimiento. Continuaron la conversacion; ella hablaba muy de prisa, contentándose con monosílabos por respuestas.

El momento de la cena se aproximaba, momento importante en las reuniones de Norton-Bury. Algunas personas principiaban á mirar con ansiedad á la puerta.

— Es hora de que os presente á mi marido, dijo lady Carolina á John; me sería difícil si no imposible el hacerlo despues de cenar.

Y por primera vez aquella noche tomó un tonillo agrio y sarcástico para decir:

— ¡M. Brithwood!

— ¡Señora! respondió este último acercándose lentamente.

Los dos esposos ofrecían un contraste muy singular; ella en toda la fuerza de su hermosura, con sus gracias más ó menos artificiales, y él con unas facciones arrugadas antes de tiempo que respiraban el sensualismo más estúpido.

— Permittedme que os presente uno de mis nuevos amigos.

El squire se inclinó con cierta torpeza que probaba que era verdad lo que decían por lo bajo en Norton-Bury, á saber, que Ricardo Brithwood estaba más á su gusto con lacayos que con gentlemen.

— Vive en Norton-Bury, añadió lady Carolina; debéis haber oído hablar de él; quizá le habeis visto.

— Mas de una vez he tenido el placer de encontrarme con M. Brithwood, dijo John, pero sin duda lo ha olvidado.

— Creo acordarme en efecto... ¿cuál puede ser vuestro nombre?

— John Halifax.

— ¡Cómo! ¿Halifax el curtidor?

— El mismo.

M. Brithwood le volvió la espalda silbando. John cambió de color. Lady Carolina se echó á reír sin saber lo que hacía, y murmuró en voz baja:

— ¡Qué brutos son estos ingleses!

Y luego inclinándose hacia su marido, añadió:

— Amigo mío, olvidais que os he presentado á ese gentleman.

— ¡Gentleman! A la verdad perdeis el juicio, lady Carolina... Estaba hablando con estos señores.

— Y nosotros tambien teniamos una conversacion muy entretenida. No me he dirigido á vos sino por la forma, y á fin de confirmar mejor mi convite. M. Halifax comerá con nosotros el domingo.

— Os chanceais, milady.

— ¡Ricardo!... me haceis daño, exclamó lady Carolina rechazando la mano de hierro que la apretaba el brazo.

— Milady, ¿qué estais diciendo? Un curtidor no es compañero mío.

— Lo sé, y le convido para que sea mi compañero.

El que era objeto de esta extraña discusion conyugal no la oía, pues una joven de luto y seguida de Mrs. Jessop acababa de entrar en la sala. Era ella...

Nuestros recuerdos de Enderly no eran ya un sueño. John estaba cerca de la puerta; sus ojos se encontraron. Se hicieron un saludo silencioso; él estaba sumamente pálido; ella... ¡ah! ¡cómo se sonrojó! Se adelantó y vino á sentarse á mi lado sin haberme visto; pero así que me distinguió me alargó la mano. Nos dijimos algunas palabras; sus maneras eran siempre las mismas, pero su voz estaba alterada. Me dijo que no esperaba verme, pero que celebraba mucho haberme encontrado.

Yo la miraba de perfil; ¡cuán hechicera me pareció con los ojos bajos! Pero mi corazón no era más que un eco muy débil del de mi amigo. ¡Cómo debía latir aquel corazón!

Inmóvil en el mismo sitio y á alguna distancia de Brithwood, estoy seguro de que no oía una sola palabra de su altercado; pero aunque no hubiese vuelto la vista hacia nosotros, estoy bien seguro tambien de que no había perdido una palabra de lo que me había dicho miss March.

— ¡Eh! amigo mío, dijo de repente el squire alzando la voz con aire protector, quiero decir... ¡joven Halifax!

— ¿Es á mí á quien os dirigís, M. Brithwood?

— Sí, quisiera deciros una palabra en particular.

— Veamos.

Se hallaban enfrente uno de otro; M. Brithwood parecía un poco cortado; John, al contrario, estaba muy sereno, y un poco más grave que de costumbre. Quizá preveía lo que iba á suceder, que tenía que probar lo que era, lo que Ricardo Brithwood, á pesar de toda su fortuna no podía ser... un gentleman.

Nadie podía dudarlo al ver aquellos dos jóvenes, tales como eran, en presencia el uno del otro.

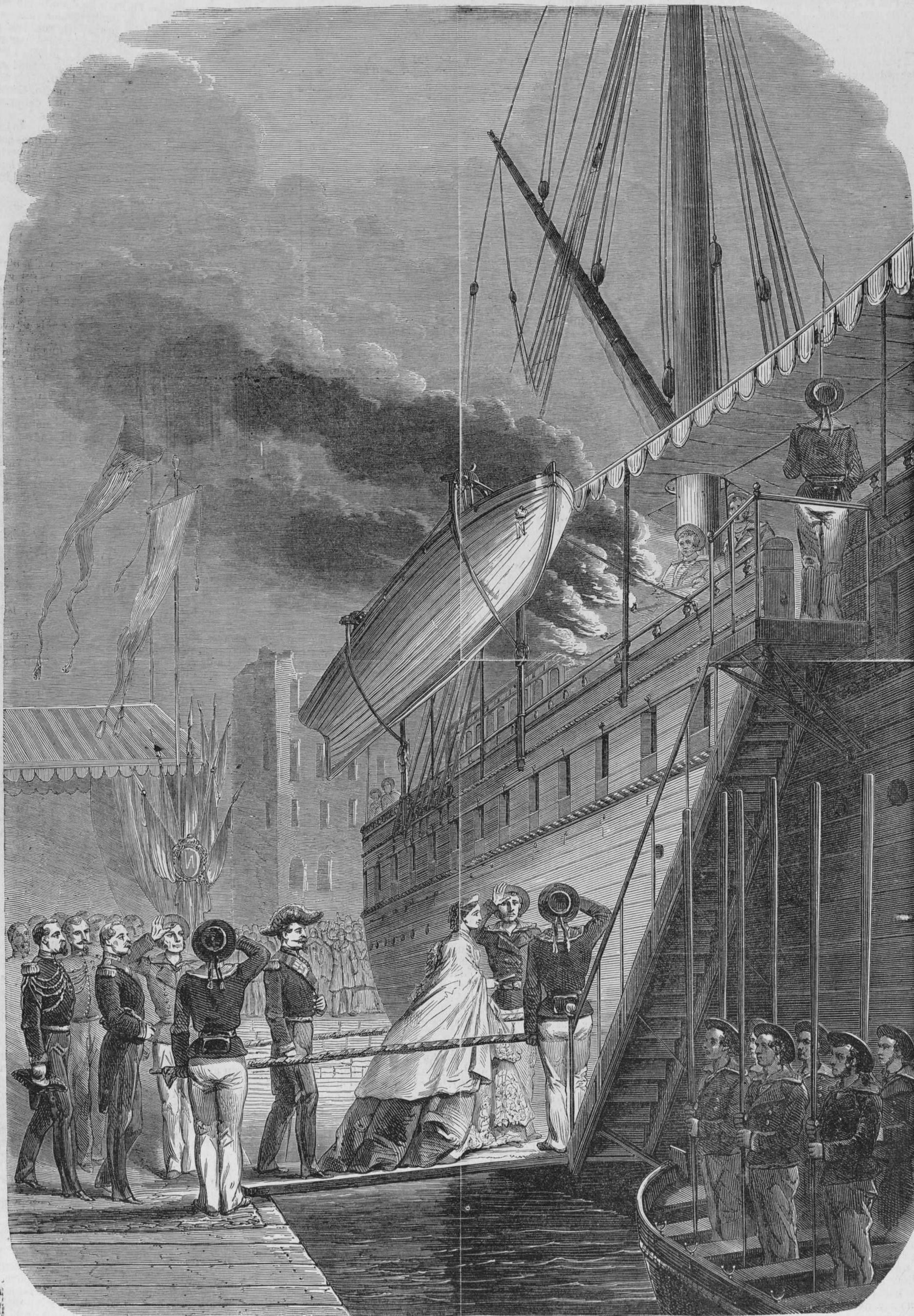
— En verdad, exclamó el squire, es cosa apurada; pasaré por la tenería y me explicaré.

— Prefiero que os expliqueis aquí.

— Corriente; pero la cosa no es agradable de decir... seguramente preferiría no hallarme en este apuro... No hareis caso de la tontería de mi mujer; no es verdad?

— No os comprendo.

— ¡Qué diantre! Hablemos claro. Podeis ser un hom-



EMBARQUE DEL EMPERADOR Y DE LA EMPERATRIZ EN MARSELLA. — DIBUJO COPIADO DEL ALBUM DEL VIAJE DE SUS MAJESTADES.



EL PRINCIPE IMPERIAL SALIENDO AL ENCUENTRO DEL EMPERADOR Y DE LA EMPERATRIZ A SU REGRESO A SAINT-CLOUD.
(Dibujo copiado del album del viaje de Sus Majestades.)

bre muy respetable; pero la nobleza es la nobleza. El doctor Jessop puede convidar á quien guste en su casa... yo siempre soy cortés con todo el mundo... pero no puedo, por satisfacer los caprichos de mi mujer, ofrecer un puesto en mi mesa.

— Y yo no consentiría jamás en humillarme hasta el punto de aceptarle.

John pronunció estas palabras de modo que las pudieran oír todos los presentes, y después se alejó muy sereno.

Pero M. Brithwood se encendió como un hombre que queda vencido.

— ¡Humillaros! exclamó; ¿qué queréis decir? ¿no os daríais por muy contento en ser introducido en nuestra sociedad de cualquier manera? Hé ahí el orgullo del pueblo... ¡La revolución francesa trastorna el juicio á los pobres!... Y ahora me acuerdo... ¿sois el aprendiz curtidor... el que conducía el carro, el que?...

La sangre de John comenzaba á hervir, pero se contuvo.

— Caballero, exclamó, creo no haber olvidado nunca ni mi categoría ni la vuestra.

— Dejadme que decline todos vuestros títulos, incluso el que teneis á mi gratitud... Sí, me acuerdo bien; ¿no sois el jóven que se encontró tan á punto á la orilla del río el día en que mi primo March y yo estuvimos para ahogarnos?

Oí una ligera exclamación cerca de mí; era Ursula, que con la cabeza inclinada adelante y los ojos clavados en John, esperaba impacientemente su respuesta.

— Vuestra memoria es fiel, caballero; soy el mismo.

— Sí, y también hicisteis el orgulloso aquel día despreciando la guinea que os quise dar... os debo pues un favor, y como no soy un ingrato, en vez de una guinea os daré veinte mañana...

El insulto era grande.

— Caballero, repuso John, me obligais á declarar, que sea cual fuere en otra parte la distancia de vuestras condiciones, aquí soy vuestro igual... el convidado de M. Jessop, lo mismo que vos.

M. Brithwood enmudeció á esta réplica... enmudeció de furor... y en toda la sala reinó el silencio, el silencio de la sorpresa, aunque en aquel tiempo de emociones políticas se vieran á menudo escenas borrascosas en los salones, sin consideraciones á las mujeres, y sobre todo entre hombres del carácter de M. Brithwood.

Lady Carolina parecía estar tan acostumbrada á esto, que se contentó con encogerse de hombros y con tararear á media voz una nota ó dos del *Ca ira, Ca ira*, lo que puso el colmo á la rabia de su marido.

— ¡Callaos! exclamó; ¿con que porque un aprendiz curtidor me haya quizá salvado la vida, y os dignais patrocinarle, como haceis con tantos otros descamisados, gracias á vuestras malditas ideas de libertad y de igualdad, me he de ver yo obligado á recibirle á mi mesa y á tratarle como á un gentleman? Pues estais equivocada.

John escuchó sin pestañear esta nueva salida; pero la sangre ardía en sus venas. Se notaba que le costaba mucho contenerse, y que si una vez soltaba las riendas á la cólera, Ricardo Brithwood tendría que taparse los oídos.

Por fin este se adelantó hácia John con los puños cerrados, y le dijo:

— Escuchadme, señor descamisado...

Pero aquí Ursula March se levantó, atravesó la sala, y tomando el brazo de M. Brithwood, exclamó:

— Primo mio, delante de mi este gentleman será tratado como un gentleman; vos mismo lo habeis dicho, ha salvado la vida á mi padre.

— Al diablo vuestro padre.

John cogió á Brithwood por los hombros.

— Callaos, le dijo, callaos, ó si no...

Pero Brithwood se soltó al punto, y volviéndose con presteza le dió una bofetada.

Sí, John recibió de su mano la última, la mas mortal ofensa que un hombre puede hacer á otro, esa ofensa que solo con sangre puede lavarse á los ojos del mundo.

John vaciló... Al pronto pareció que iba á precipitarse sobre su adversario... pero no hizo nada.

— No se batirá, dijo uno en voz baja, es un cuáquero.

— No, repitió John alzando la cabeza con dignidad, aunque estaba horriblemente pálido y su voz tenía un sonido particular; no; no devolveré golpe por golpe, soy cristiano.

Esta doctrina sin ser nueva para los cristianos de Norton-Bury, no entraba en su regla de conducta. « Soy cristiano; » no parecía sino que jamás se había oído una declaración tan extraña. Todos miraban á John con una curiosidad despreciativa, y hubo algunos hombres que se alejaron de él sonriendo.

Pero Ursula March le tendió la mano; John tomó esta mano, y al punto recobró su serenidad.

Por todas partes se oyó un clamor:

— M. Brithwood se retira.

— Dejadle marchar, exclamó miss March entregada á la indignación que manifestaban sus ojos y su acento.

— No, no; eso no es justo, dijo John; es preciso que le hable.

Y apartando suavemente la mano de la jóven se llegó á M. Brithwood y le dijo:

— Caballero, no es necesario que salgais de esta casa; yo voy á salir de ella; y jamás volveremos á encontrarnos, al menos en lo que dependa de mí.

Su saludo orgulloso, la calma y dignidad de sus maneras confundieron á M. Brithwood, que se quedó con

la boca abierta, en tanto que John se despedía del doctor Jessop y de las personas de su conocimiento.

Las mujeres le rodearon (rara vez el instinto engaña á las mujeres), y aun lady Carolina, en medio de todo su sentimiento, declaró que no creía que hubiese en el mundo un hombre que hubiese soportado tan bien como él semejante « degradación. »

Esta palabra hizo estremecer á miss March.

— Señora, exclamó, jamás un insulto hecho á un hombre puede degradarle. La degradación es cuando él mismo se degrada.

John oyó estas palabras en el momento en que atravesaba el umbral del salón. Nunca un vencedor coronado tuvo un aire mas altanero y radiante.

Le seguimos Mrs. Jessop y yo; pero ¡ay! aquel relámpago de alegría y de orgullo se había desvanecido.

— Ya veis como yo tenia razón, Mrs. Jessop; no habría debido venir aquí... la sociedad es mas fuerte que yo; no la venceré nunca... nunca.

— Sí, la venceréis, dijo una voz conocida.

Ursula estaba á su lado con las mejillas animadas.

Mistress Jessop pasó tiernamente su brazo por el tallo de la jóven.

— No, no, M. Halifax, le dijo, no debéis temer á la sociedad si siempre os conducís como esta noche; siento sin embargo lo que ha sucedido, sobre todo por mi querida hija.

— ¿Tengo yo la culpa? preguntó John; decidme si tengo yo la culpa.

— No, exclamó Ursula con presteza; habeis probado lo que yo recordaré toda mi vida, que solo un cristiano puede ser un verdadero gentleman.

(Se continuará.)

Aparición.

Mi lámpara nocturna está apagada;
Solo estoy en silencio y en tinieblas;
Ningun reló, ningun rumor se escucha
Por la ciudad que inmensa me rodea.

¡Oh noche! entre tus sombras lo presente,
El porvenir, el mundo, la materia,
Ayer, mañana, la ambición, la carne,
El curso de la vida que nos lleva,

El sudor por el pan de cada día,
La envidia cuyo diente nos acecha,
De los falsos amigos la perfidia,
Del triunfante enemigo la insolencia;

Todo desaparece: sordo, ciego,
Muerto, el hombre entre el hombre se concentra,
Y en gloria y soledad, ante sí misma
Súbito el alma humana se presenta.

Sí; gloriosa y solitaria el alma,
La posesión sintiendo de sus fuerzas,
Lánzase libre al invisible mundo
Que sus nobles instintos le revela.

En vano ensancho mas y mas los ojos,
En vano los oídos tengo alerta;
Solo escucho el zumbido del silencio:
Solo miro espesarse las tinieblas.

Del fondo empero de silencio y sombras
Siento venirme claridad incierta,
Y las voces volver de lo pasado,
Y la feliz edad de la inocencia.

Vuelven mis olvidadas ilusiones,
Mis recuerdos de infancia, mis creencias;
Vuelvo á soñar lo que jamás he hallado,
Lo que en vano busqué sobre la tierra.

Vuelvo á ver lo que amé, cual lo veía
Cuando el amor sentí por vez primera,
Con los colores mágicos que huyeron
Ante la odiosa luz de la experiencia.

¡Oh amistad! ¡oh virtud! ¡oh dulces nombres!
Vuestra noción la mente lleva impresa
Desde el nacer, y el corazón ansioso
Por convertirla en realidad se esfuerza.

Vuelvo mi padre á ver: su faz augusta,
A un tiempo mismo afectuosa y seria,
A presentarse torna ante mis ojos
Radiante de virtud é inteligencia.

¡Ay! al mirarla así prorrumpo en llanto,
Que es de mi vida la incurable pena
El no poder vivificar la tumba,
Y conseguir que lo que fué no sea.

Sangre debo llorar, llorar mis ojos,
Al pensar de mi padre en la existencia,
En aquella existencia tormentosa
Que no halló mas descanso que en la huesa.

Para la dicha y la amistad nacido,
Vivió de desengaños y dolencias;
Y murió pobre, atribulado y ciego,
Del cuerpo y de la edad aun en la fuerza.

Hoy pudiera vivir cual otros viven;
Hoy, después de tres lustros, si viviera,
Sobre su vasta frente empezarian
Sus negros rizos á argentarse apenas.

JOSÉ EUSEBIO CARO.

Parábola oriental.

Al Sur de Derreyeh vagaba una tribu árabe de las mas honradas y pacíficas, que llevaba el nombre de la tribu de los Seths; una partida de beduinos se internó en el corazón del país, y fué á poner sus tiendas á la vista de los Seths; eran los Sarahs.

Los Seths no se alarmaron por la introducción de estos hermanos en el oasis que habitaban: sobran pastos, dijeron; los dones de Dios son para todos; coman sus caballos como los nuestros la yerba que brotan los campos, y sus bueyes beban con los nuestros el agua que Alá derrama en el Pozo de la Paz. Retiraron hácia el Oriente sus ganados para dejar mayor espacio á los escasos rebaños de los recién llegados; y una misión de ancianos se acercó á las sucias tiendas de los beduinos, y saludó á sus jefes á nombre de la tribu, diciendo: « Bien venidos seais, hijos de Ismael; vuestros hermanos los Seths, cuyo nombre es conocido en todo el desierto, llaman sobre vosotros la bendición de Alá, y le piden que el agua de su pozo dé vigor á vuestros caballos, y la yerba del oasis alegre y fecundice vuestros ganados. » Los jefes de los Sarahs, habituados á la rapiña y á las violencias, esperaban una intimación de guerra, y se quedaron sorprendidos al oír las disposiciones pacíficas de sus hermanos, mucho mas numerosos, ricos y civilizados que ellos; y juzgando que semejante conducta no podía proceder de la buena índole de aquella tribu, sino del terror que seguramente les inspiraban ellos: estos no nos conocen, dijeron, y nos juzgan mucho mas poderosos de lo que somos; es necesario explotar su temor y nuestra fama. Contestaron pues con insolencia, y no tuvieron embarazo en decir: que aquel oasis sería de ahí en adelante suyo.

Los Seths sintieron profundamente el agravio que les hacia la insolencia de los recién llegados. Son bárbaros, dijeron, blasfeman de Alá y de su profeta; pero son nuestros hermanos, es necesario tolerarlos.

Habia en la tribu una partida de jinetes, que eran llamados los Vigilantes, que acostumbrados á correr el campo, y hacer frente á los ladrones que solían caer sobre los rebaños, sabían por experiencia que no hay mejor remedio para curar la arrogancia de los insolentes, que hablarles y zurrarles con fuerza; y estos fueron de opinión que debía escarmentarse inmediatamente á los brutales beduinos, que tan mal sabían corresponder á la benevolencia de una tribu poderosa.

No, dijeron los ancianos, los ricos y notables de la tribu; la mansedumbre de los buenos corregirá la mala índole de los extraviados; enseñémosles con el ejemplo á ser modestos y sufridos.

Sufrieron pues los Seths el primer acto de insolencia de la tribu miserable y rapaz que había tomado posesión de su oasis.

Este acto de sufrimiento alentó la insolencia de los Sarahs, que desde luego pensaron en despojar á sus vecinos de sus rebaños, de sus tesoros y de sus mujeres. Empezaron pues las correrías de estos ladrones, que aprovechándose de cualquier circunstancia favorable asaltaban ya la manada de camellos, ya el rebaño de bueyes, ya la tropa de caballos, se llevaban unos, mataban otros; y alegaban con descaro que el desierto y los bienes que había en él eran de todos.

Los Vigilantes salían al encuentro, pero no siendo sino una pequeña porción de la tribu, no podían siempre impedir los estragos de los beduinos, cuya insolencia crecía por grados. Cuando aquellos honrados defensores de la tribu volvían á las tiendas heridos y estropeados, y rendidos de fatiga, referían á sus compañeros las alevosías y estragos ejecutados por los Sarahs; y les decían: « ya lo veis, los Sarahs son unos ladrones, unos asesinos; no respetan ni los derechos de la hospitalidad, ni la ley de Alá, ni las prácticas venerables del desierto; es necesario armarnos todos y combatir contra ellos; si no queremos que la tribu perezca entre sus manos; y que estos tesoros y rebaños sean el premio de su alevosía. » Ciertamente, decían los ricos y los notables, y los egoístas y los perezosos, ciertamente los Sarahs son unos ladrones y unos asesinos: y nos degollarán y nos robarán si no nos defendemos: es necesario combatir; y seguían fumando sentados con las piernas cruzadas, ó recostados sobre el cofre que contenía sus tesoros; ó continuaban halagando el caballo favorito, ó durmiendo á pierna tendida.

Sonaba el clarín del rabadan, que anunciaba una agresión de los Sarahs; ¡á las armas! gritaban los Vigilantes, interrumpiendo su comida, y desenvainando el alfanje saltaban sobre sus caballos jadeantes todavía, y corrían á dar y á recibir golpes, para defender la tribu y sus rebaños. Los Sarahs son unos asesinos y unos ladrones, repetían los notables y los egoístas, y seguían sentados fumando al lado de sus cofres.

Esto se repetía todos los días y todas las noches; y los Vigilantes no podían ya de fatiga; y no solamente tenían que correr los peligros y sufrir los golpes de la lucha continua, sino que debían aguantar tambien las reconvenções de los poltrones de la tribu, que se molestaban porque les interrumpían el sueño con el toque del clarín ó el correr de los caballos, al salir para el combate ó al volver de él. No faltaba entre la apoltronada gente quien censurase á los guerreros su excesivo

ardor, imaginándose que si se manifestaran mas humildes, los beduinos serian menos rapaces y menos crueles.

No hay celo por ardiente que sea que al fin no se entibie lidiando con el egoismo y con la ingratitud. Sentencia es esta del profeta; y sea que ella obrase en el ánimo de los Vigilantes, sea que estos cedieran al fin á la fatiga, lo cierto es que un día sonó el clarín del capitán de los camellos, anunciando que los Sarahs caian sobre ellos; y los Vigilantes lo oyeron y no se movieron. Sonó segunda vez con mas instancia, y los Vigilantes continuaron con las piernas cruzadas, arrojando al aire lentamente el humo de sus pipas. ¡Cómo! gritaron los notables y los habladores, ¿no es esa la señal del capitán de los camellos que pide auxilio? — Sí, esa es la señal, respondieron friamente los Vigilantes; y si media hora tarda el auxilio, los camellos dormirán esta noche en medio de las tiendas de los Sarahs; pero no se movieron de su asiento.

Alarmáronse todos los poltrones de la tribu, hablaron, gritaron, maldijeron á los Sarahs y á los cobardes que no salian á combatirlos; pero no se apartaron de sus cofres.

Sonó tercera vez el clarín del capitán de los camellos, que venia huyendo á todo correr; y algunos minutos despues un jinete cubierto de polvo se presentó delante de la tienda en que se reunia el consejo de los ancianos, y dijo: el capitán de los camellos está cercado, y se defiende, pero los enemigos son veinte contra uno, y no aparece por ninguna parte quien auxilie á los nuestros.

Los notables, y los ricos, y los ancianos corrieron delante de la tienda de los Vigilantes, y entre enojados y asustados, dijeron: ¿no sabeis que los Sarahs tienen cercado al capitán de los camellos y que van á apoderarse de ellos?

No es eso lo peor, contestó uno de los guerreros, sin moverse de su asiento, sino que dentro de poco el capitán de los bueyes estará rodeado tambien.

¿Y no pensais tomar las armas y correr á defender la hacienda? gritaron los ricos.

¡No! replicó con flema el mas notable de los Vigilantes, nuestros caballos están fatigados, nosotros estamos agobiados tambien del cansancio; tres semanas hemos combatido dia y noche mientras que vosotros reposábais, y ahora pensamos reparar otras tres, durante las cuales suponemos que combatiréis vosotros.

Cuando estas palabras terminaron, otro jinete montado en una yegua cubierta de polvo y de sudor llegó á las tiendas, y dijo: todos nuestros camellos están en poder de los Sarahs; tres de los asistentes han muerto combatiendo; el capitán y los demás han sido hechos prisioneros, y los beduinos brutales los habrán acaso degollado; yo solo he escapado para traer la noticia.

La consternacion se difundió por todas las tiendas; y los poltrones entraban y salian maldiciendo á los Vigilantes, á quienes llamaban cobardes y traidores; y se presentaban delante de su tienda, y les hacian arengas para que tomaran las armas; pero estos no dejaban la pipa, ni se movian de encima del cuero de carnero que les servia de alfombra, contestando á todos con frialdad: es necesario combatir, ó los Sarahs nos roban y nos degüellan.

Oyóse un toque de clarín; era el capitán de los bueyes que pedia auxilio. Creció la confusion y el rumor en las tiendas, y los propietarios gritaban: ¡auxilio al capitán de los bueyes!

Los notables se presentaron de nuevo delante de los Vigilantes. ¿No habeis oido, les dijeron, una señal?

Sí, replicaron estos, sentados, sin dejar la pipa; esa es la señal del capitán de los bueyes asaltado por los Sarahs. Acabando estas palabras, se oyó la segunda señal, mas urgente que la primera.

Ya lo ois, dijo el jefe de los Vigilantes, si no correis los Sarahs se llevarán los bueyes como se llevaron los camellos; degollarán al capitán y á los asistentes. Es necesario combatir, ó los Sarahs nos robarán y nos degollarán.

Pero vosotros que habeis combatido tantas veces, ¿no les salis al encuentro?

Estamos fatigados; tres semanas continuas hemos combatido mientras vosotros reposábais; ahora reposaremos tres semanas mientras vosotros combatis.

Estando en esto llegó un mensajero á todo el correr del caballo, y dijo: el capitán de los bueyes está cercado por los Sarahs; los enemigos son veinte contra uno; si no correis en auxilio, los bueyes son perdidos.

Bien lo veis, dijo el jefe de los Vigilantes, sin abandonar su apatía: es necesario combatir, ó los Sarahs nos roban y nos degüellan.

El grito de ¡á las armas! corrió por todas las tiendas; y todos gritaban ¡á las armas! pero ninguno las tomaba. Todos se preguntaban: ¿ya los Vigilantes están á caballo con la cimitarra en la mano? y los Vigilantes continuaban sentados fumando.

Oyóse por tercera vez el sonido del clarín que pedia auxilio; y algunos minutos despues un jinete cubierto de sangre entró por enmedio de las tiendas, y dijo: ¿no oisteis el sonido del clarín que pedia auxilio? Los Sarahs se han apoderado de los bueyes; el capitán murió combatiendo, y los asistentes han sido hechos prisioneros; tal vez habrán sido degollados!

Cuando este hablaba todavía, llega otro jinete, mas ligero que un pájaro. Los Sarahs, dijo, han caído de sorpresa sobre los que cuidábamos los caballos; y antes de que pudiera darse la señal, ya el capitán habia caído al golpe de la cimitarra. Pero todavía hay tiempo de rescatar los caballos: ¡á las armas!

Corrió por todo el campamento el grito de ¡á las armas! y todos se agitaban, y maldecian á los egoistas, y renegaban contra los cobardes, y repetian: es necesario combatir, ó los Sarahs nos roban y nos degüellan; pero ninguno montaba en el caballo, ni tomaba la cimitarra.

Los Vigilantes impasibles sobre su zalea fumaban y decian: ya lo veis; os hemos dicho que es necesario combatir, ó los Sarahs nos roban y nos degüellan.

Pasó la noche en la mayor inquietud; y el sol encontró sobre sus zaleas á los impávidos Vigilantes, que con desapiadada sangre fria repetian su inalterable resolucion: estamos fatigados; tres semanas continuas hemos combatido mientras vosotros reposábais; y reposaremos tres semanas mientras vosotros combatais.

Oyóse el ruido de un corcel que golpeaba el suelo con indecible rapidez; un jinete se presenta delante de las tiendas de los notables y dice: los Sarahs, prevenidos al combate, se acercan en buen orden, y van á caer sobre vosotros; ¡á las armas!

El grito de ¡á las armas! corrió por todo el campamento y produjo un movimiento extraordinario de gentes que gritaban, iban y venian. Un instante despues se divisaban á lo lejos tres columnas de polvo: ¡hé aquí á los Sarahs que caen sobre el campamento!

Los Vigilantes contemplaban tranquilos el movimiento de aquellas columnas de polvo, y sin dejar la pipa repetian: ya lo veis; es necesario combatir, ó los Sarahs nos roban y nos degüellan.

El primer pensamiento de los egoistas y de todos los poltrones, fué huir con lo que pudieran de sus tesoros, en los caballos y los camellos que estaban atados junto á las tiendas; pero los beduinos se acercaban al campamento por tres puntos diversos y la retirada era imposible.

Algunos perdiendo la esperanza de hallar quien los defendiese, echaron por fin mano de los alfanjes; otros metiendo la cabeza entre sus cofres se imaginaron, como el avestruz, que no viendo al enemigo el enemigo no los veria; otros se apartaron algunos pasos del campamento gritando: nosotros somos Sarahs, nosotros somos de los vuestros, y creyeron neciamente que de este modo se salvarian.

Los mas esforzados preguntaron á los Vigilantes: ¿pensais dejaros degollar como carneros?

No, replicaron aquellos: pero tampoco pensamos hacernos matar combatiendo solos contra una fuerza superior.

¿Qué intentais pues?

Reservarnos para mejor ocasion; reservarnos para cuando el golpe sea seguro y completo el buen éxito. Los que tengais valor, seguidnos. Y saltando sobre sus caballos, levantaron la cimitarra, y sin pensar en el botin que abandonaban á los beduinos, se abrieron paso á cuchilladas por en medio de ellos, seguidos de los que tuvieron valor para imitar su esfuerzo. Los Sarahs que solo pensaban en el botin, los dejaron retirarse.

La aurora del dia siguiente encontró las tiendas de los Sarahs repletas con los tesoros de la rica tribu de los Seths, y rodeadas de sus numerosos rebaños.

Montones de ceniza cubrian el lugar en que estuvieron las tiendas de la pacífica tribu; y los chacales y los cuervos, repletos de carne humana, reemplazaban en aquel sitio desolado á los hombres que lo habian animado con su voz.

El trágico suceso recorrió el desierto de boca en boca; y los hijos del profeta maldijeron á la tribu feroz y rapaz que ocupaba el oasis, que los Seths habian honrado con sus virtudes.

Pasaron algunas semanas... ¿En dónde están los Sarahs? ¿Quién lo sabe?... ¡Montones de cráneos blanqueaban todavía sobre aquel rincón del desierto en que estuvieron sus tiendas!...

El escritor que nos refiere este pasaje saca de él copiosa doctrina, que no es del caso referir; vacila sobre aprobar ó censurar la conducta dura y obstinada de los Vigilantes; pero conviene en que semejante conducta es muy conforme al carácter firme y constante de las tribus valerosas que habitan aquella parte de la Arabia; y en que los poltrones y los egoistas merecieron la suerte que les cupo.

(De la Guirnalda de Bogotá.)

Las esclusas de mar en Heyst.

Las costas del mar del Norte han experimentado en lo pasado sobre el litoral de Bélgica y de Holanda muchas y muy terribles inundaciones. Cuenta Plinio que los miserables habitantes de esa comarca ponian sus chozas en alturas adonde no alcanzaba el mar, de modo que en la marea alta parecian navios flotantes y buques encallados con la marea baja. A fines de la dominacion romana una formidable inundacion parece dió nacimiento á los puertos de Ostende, de Nieuport y del Zwyn, brazo de mar hoy cubierto de arena.

El recuerdo de algunos desastres espantosos ha llegado hasta nuestros dias. Las crónicas flamencas señalan los años 820, 839, 1003, 1014, 1015, 1017, 1030, 1042 y 1056 como nefastos para Flandes. En el siglo XII, las inundaciones fueron tan terribles que los flamencos se expatriaron en masa. En 1105, 1109 y 1112, Enrique I, rey de Inglaterra, les dió asilo en el condado de York y en la provincia de Gales. Tambien se citan como desastrosos los años de 1164, 1170, 1172 y 1177. En 1180 la mar hizo irrupcion hasta las puertas de Brujas. Las crónicas hablan de treinta y cinco inundaciones en el siglo XIII. La de 1221 hizo perecer á mas de cuarenta

mil personas; la de 1230 y 1242 costaron mas de cien mil á lo largo de las costas entre la Francia y la Dinamarca. El siglo XIV no es menos fecundo en siniestros de esta clase. Los mas terribles ocurrieron en los años de 1334, 1336, 1361, 1372 á 1377 y 1395. De todas estas inundaciones, la mas funesta para el litoral de Flandes fué la de noviembre de 1334, que destruyó un crecido número de aldeas. En todo el litoral flamenco las olas cubrieron un espacio de una á dos leguas de ancho.

En el siglo XV hubo veinte y cuatro inundaciones. Las mas desastrosas tuvieron lugar de 1415 á 1430. La del 19 de noviembre de 1421 destruyó setenta y dos aldeas, y formó en Holanda un brazo de mar, el Biesbosch. En el siglo XVI hubo quince que fueron horrosas. Un hecho sorprendente y verídico es que en la inundacion de 1509, grandes partes de terreno cargadas de casas, de hombres y de ganados fueron trasportadas por las aguas á grandes distancias; aun se dice que el pueblo de Dordrecht cambió de sitio. En el siglo XVII hubo veinte y seis inundaciones que produjeron iguales desastres. Desde esa época las irrupciones del mar van en disminucion. Hubo diez y siete en la primera mitad, y tres en la segunda del siglo pasado. Por todas partes el trabajo inteligente del hombre comenzaba á oponer al mar obstáculos insuperables. El establecimiento de espolones donde vienen á estrellarse las olas furiosas fué un medio eficaz empleado para proteger las costas de Flandes. En la primera mitad de este siglo solo se cuentan dos flujos considerables, el de 1808 y el de 1825. Este último puso á la ciudad de Blankenberg en gran peligro; la tempestad fué tan terrible que las lanchas de pescadores fueron arrojadas por encima de las dunas.

Pero si esta comarca se libertaba de los destrozos del mar del Norte, se quedaba expuesta á las inundaciones periódicas de las corrientes de agua interiores. El gobierno belga las ha combatido haciendo construir dos canales contiguos con un dique de mediania, y que rematan cada uno en una esclusa de mar en Heyst. El uno es el canal de Zelzaete, y el otro el de Lys.

El primero sirve para secar el pais que limita todo el litoral holandés. Las aguas de este pais corrian antes hacia dos brazos de mar, el Zwyn y el Braekman, hoy cubiertos de arena. El Zwyn formaba el puerto de Damme, uno de los mejores del mundo, donde Felipe Augusto llevó en 1212 la mayor parte de su armada compuesta de diez y siete buques, y el puerto de la Esclusa, donde Carlos VI armó una flota contra los ingleses.

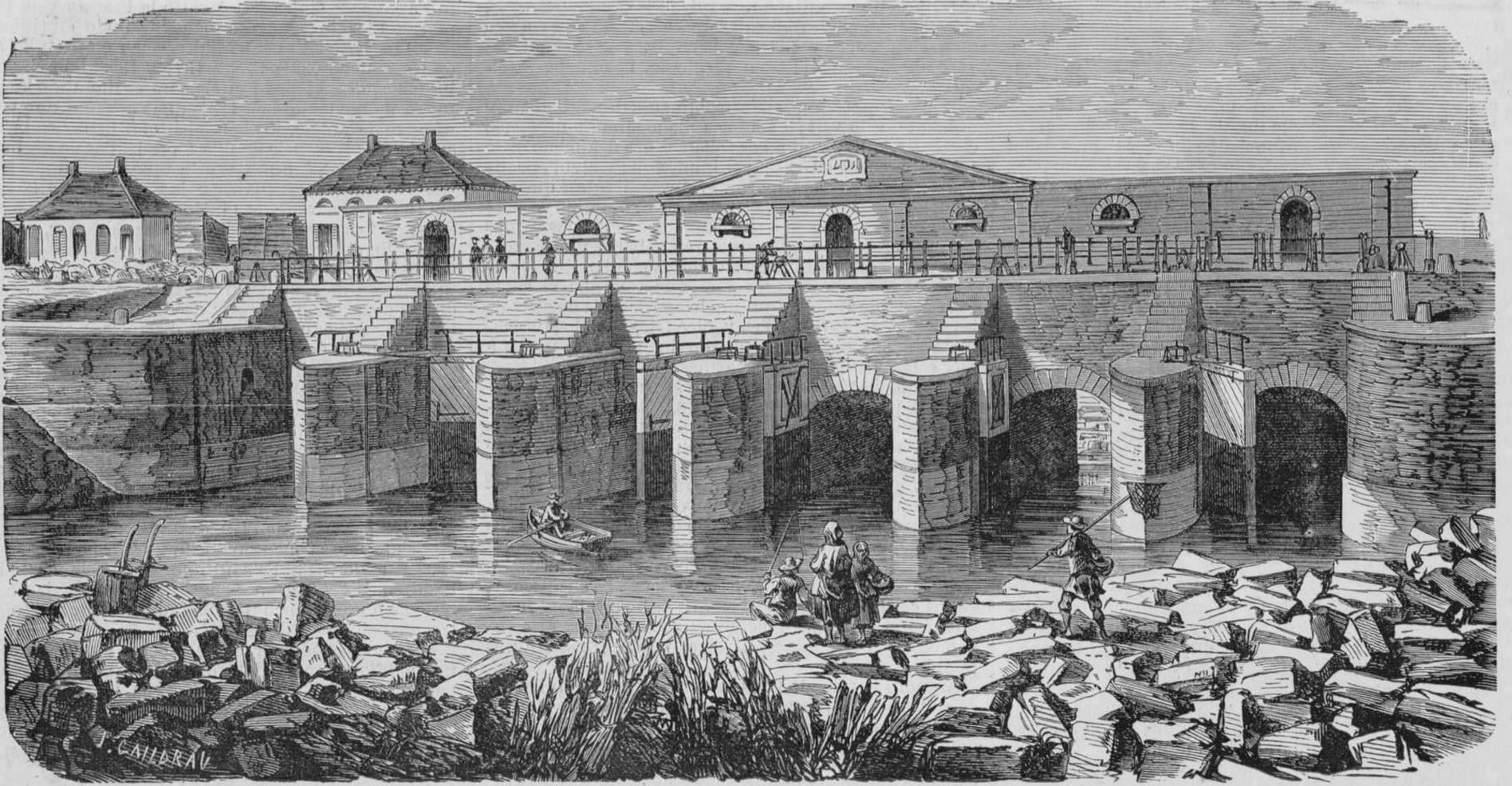
Hoy Damme y la Esclusa se encuentran á muchas leguas en el interior de las tierras. Habiéndose embarcado esos dos brazos de mar, la salida de las aguas en contraba tales obstáculos, que al cabo de algunos dias de lluvia toda esa comarca limítrofe de la Holanda se hallaba sumergida. El gobierno belga las abrió salida por un canal que empezó en 1844 se concluyó en 1838.

El otro canal, el del Lys, está destinado á llevar al mar el sobrante de las aguas de ese rio en tiempo de crecidas. Desde que se han ejecutado en Francia grandes obras para la mejora del Lys y de sus afluentes, las aguas francesas llegan á Bélgica antes que la hayan evacuado las aguas del pais. De esto ha resultado que las antiguas salidas del Lys ya no bastaban, y ha habido que abrir otras. Tal es el objeto de este segundo canal que tomará las aguas del Lys en Deynze, mas arriba de Gante, para llevarlas directamente al mar del Norte. Principiada en 1847, está ya casi concluido, y se esperan de él buenos resultados.

Estos canales adyacentes están en comunicacion con el mar por dos magníficas esclusas que figuran entre las obras mas notables que la ciencia del ingeniero ha creado en estos últimos años, sobre todo la esclusa al mar del canal del Lys que se ve figurada en el dibujo.

Consagremos primero algunas líneas á la del canal de Zelzaete llamada esclusa *Leopoldo*. Presenta cuatro pasos de 6 metros de abertura cada uno; su salida total es pues de 24 metros y su largo es de 28. Cada uno de los cuatro pasos tiene dos pares de puertas contra el mar y un par de puertas que se cierra contra el agua del canal. La maniobra de esta esclusa es fácil de comprender: las puertas de mar se cierran con la marea alta por la presion del agua del mar, y se abren con la marea baja por la presion en sentido inverso del agua del canal. Este sistema ofrece graves inconvenientes: así en el momento en que el agua del mar llega á la misma altura que la del canal, las puertas de mar sufren igual presion por ambas partes obedecen al menor movimiento ya para abrirse ya para cerrarse; y cuando la mar está agitada, las olas por un movimiento arriba y abajo hacen que las puertas se cierren ó se abran bruscamente, lo cual trabaja mucho toda la obra, y esto sucede hasta que se decide en un sentido ú otro la predominancia de presion. Este período de equilibrio en la presion del agua interior ó exterior dura de treinta á treinta y cinco minutos, segun el estado del mar; defecto mucho mas sensible aun en tiempos borrascosos.

La esclusa del Lys está concebida de distinto modo; presenta seis aberturas de 4 metros cada una, ó sea una salida total de 24 metros; su largo es de 28 metros. Cada una de las seis aberturas presenta tres medios para cerrarse, dos de ellos contra el agua del mar y uno contra el agua del canal. El primero, por el lado del mar, consiste en una paradera que se desliza en ranuras dispuestas en una bóveda rebajada; esta paradera está movida por un sistema de encaje dispuesto en el interior de una construccion añadida á la obra. A al-



GRANDES ESCLUSAS DE MAR EN BÉLGICA.

guna distancia de la paradera y contra una segunda bóveda, sobre la cual está la calzada por donde se pasa sobre la esclusa, está la puerta de mar. Esta puerta es sencilla, y al cerrarse bajo la presión del agua del mar, viene á aplicarse contra esta segunda bóveda. Esta disposición permite fijar la puerta de un modo invariable, á fin de evitar los golpes por la acción alternativa de las olas cuando el agua del mar está al nivel de la del canal. Delante de cada paso de la esclusa está la puerta para contener el agua del canal; cada una de estas tiene una gran hoja que se mueve en torno de un eje vertical dispuesto fuera del centro, á fin de que pueda abrirse bajo la presión del agua acumulada delante de la puerta. Esta hoja está sostenida por un árbol movido que le fija, y hay un movimiento de escape que le hace moverse á voluntad. Es en otros términos una puerta de salida para efectuar la limpieza del canal en caso de embarrarse.

En las paredes laterales de la esclusa hay acueductos; dos en cada una. El del lado del mar permite la introducción del agua en el espacio comprendido entre la paradera y la puerta del mar; el segundo establece

una comunicación entre la parte anterior y posterior de esta puerta. La puertecilla que cierra el acueducto hácia el mar está maniobrada en el interior de la construcción que domina la esclusa.

Tal es la disposición general de esta obra, que por sus proporciones colosales y su aspecto monumental es sin duda una de las más imponentes que existen en este género. Se debe añadir que la esclusa se halla construída de tal modo que se encuentra al abrigo de los proyectiles que podrían lanzar contra ella buques de guerra en posición cerca de la costa. Comenzada en 1833, esta obra gigantesca se concluyó en 1857. Desde 1858 se trabaja en el canal que debe establecer la comunicación de la esclusa con el mar; pero no podrá estar concluida antes de dos años. A pesar de sus colosales dimensiones todo el canal, el fondo y las paredes, estarán cubiertos de piedra de sillaria. Estas vastas construcciones, en las cuales no se ha economizado nada, ni genio ni dinero, honran mucho á la industriosa Bélgica, y son un hermoso título de gloria para el jóven ingeniero que las ha concebido y ejecutado, y que se llama M. Enrique Colson.

J. V.

Pinturas decorativas en el Palacio Real de Paris.

Se nota hace algun tiempo en Paris un deseo muy generalizado en favor del renacimiento de la pintura decorativa. Varios arquitectos bien inspirados han querido hacer revivir una tradición olvidada, habiendo comprendido perfectamente que la pintura es el gran lujo de toda morada suntuosa. M. Chabrol, arquitecto del Palacio Real, encargado de las obras de la galería de las fiestas, ha confiado á M. Ed. Hedouin el cuidado de adornar las puertas, y este artista ha pintado en una serie de medallones alegóricos la *Música*, la *Poesía*, la *Escultura*, la *Pintura*, la *Tragedia*, la *Danza*, y la *Comedia*. Así como se puede ver por los dibujos de los dos medallones que acompañan á esta nota, pequeños genios, concebidos al estilo de los maestros franceses del siglo último, simbolizan las artes mencionadas. Un gusto precioso en el colorido, un sentimiento muy delicado en la composición, y un gran ingenio en la disposición de los accesorios hacen muy recomendables estas pinturas.

P. M.

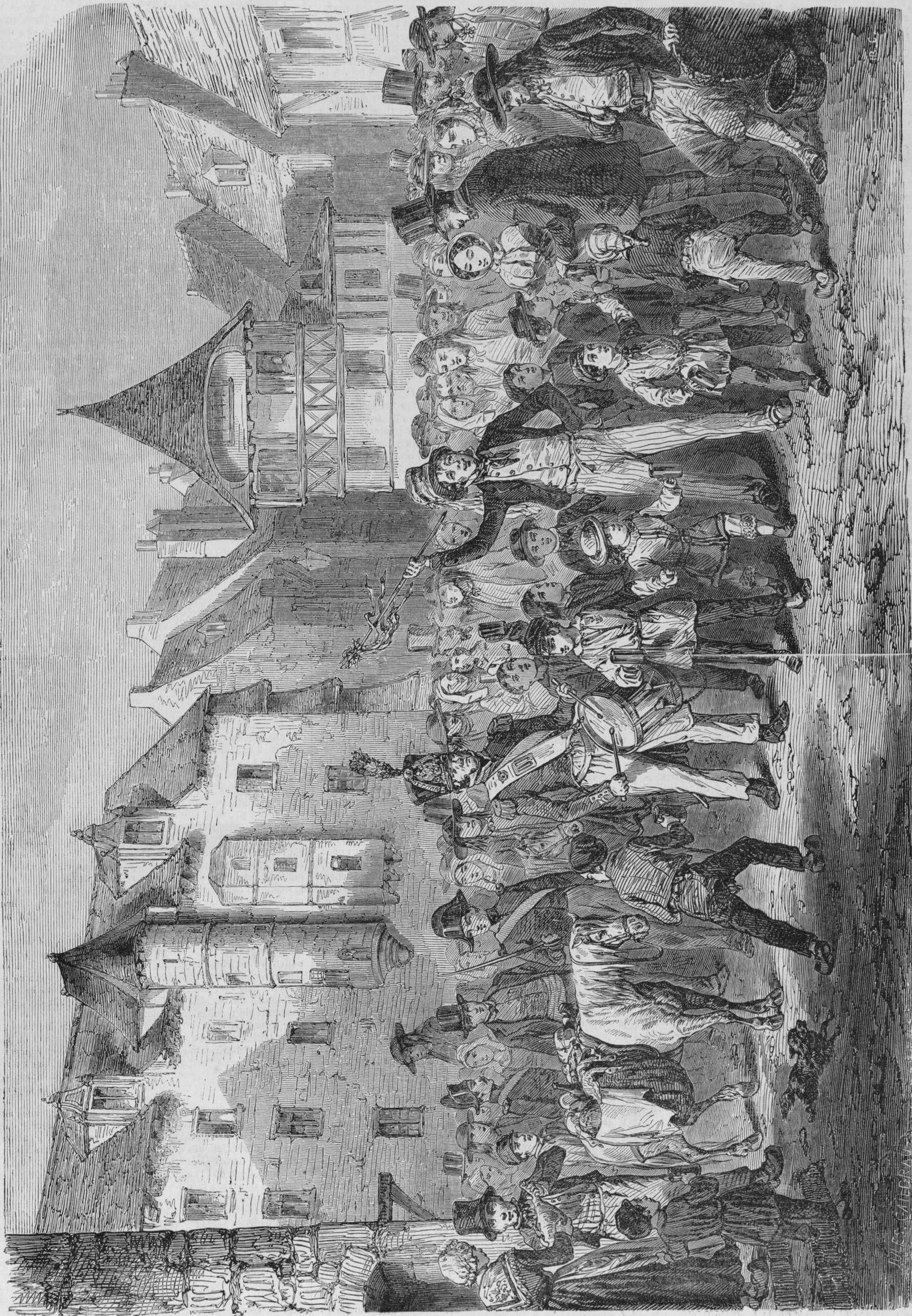


LA PINTURA.



LA MUSICA.

(Pinturas ejecutadas por M. Hedouin para adorno del salon principal del Palacio Real.)



LA FIESTA DEL EGUINANE, EL ÚLTIMO SABADO DE DICIEMBRE EN LA BAJA BRETAÑA.

J. C. GILBERT

Una antigua costumbre de la baja Bretaña.

EL EGUINANÉ; EL ÚLTIMO SÁBADO DEL MES DE DICIEMBRE.

En algunas localidades del país de León, en la baja Bretaña, donde existen aun ciertas costumbres muy antiguas, hay una que data, según dicen, de las épocas casi fabulosas de la historia de Francia, y cuyos efectos son sumamente útiles a la caridad pública.

El último sábado del mes de diciembre la municipalidad y las personas más notables de varios pueblecillos recorren las calles, pidiendo de puerta en puerta para los pobres, dinero, pan ó carne; cosas que los habitantes entregan con arreglo á sus recursos. Estas diferentes limosnas se reciben al grito de *Eguinané*, especie de hurra breton consagrado á esta única ceremonia, y que vocifera un formidable coro de muchachos y de ociosos que siguen al cortejo.

Diversas son las opiniones que se han emitido sobre esta extraña palabra; ciertos escudriñadores de las antiguas costumbres armoricanas la hacen llegar á los druidas, que á principios de año nuevo recogían el muérdago sagrado, y aprovechaban la ocasión de esta solemnidad para dar limosnas á los indigentes al grito de *au qui l'an neuf*, de donde habria salido por corrupción *Eguinané*. — Mucha fe se necesita para admitir esta explicación. En efecto, el comentador del viaje de Cambry en el Finistere, observa con razón que los druidas no hablaban francés.

Según D. Lepelletier, *eguinané* no es francés con mala ortografía, sino breton mal pronunciado; y ve en esta palabra la corrupción de *eguin an eit* (el trigo está en germen). « Cosa tanto más probable, añade M. E. Souvestre, cuanto la fiesta del último sábado del año se llama *l'Eghinat*, y el mismo nombre se ha dado á los aguinaldos (etrennes) que se piden entonces. Al gritar: *Le blé germe!* el breton alude sin duda á estas palabras proféticas cantadas todos los días del *Advento*, y que se cumplieron en la *Natividad* de Jesucristo: *Aperiatur terra, et germinet Salvatorem!* »

A pesar de todo, la primera versión, la más absurda, es la que está admitida generalmente, por unos á causa de su prestigio pintoresco, y por otros, el mayor número, con esa credulidad que es tan propicia á la quietud del espíritu.

Nuestro dibujo representa la fiesta del Eguinané tal como la hemos visto en los últimos años. — Un tambor, el de la guardia nacional desde el año 1830, precede á dos caballos que llevan los maniqués destinados á recibir los dones voluntarios de carne, pan y otras provisiones de algun volumen; el comisario de policía y los agentes municipales dirigen la procesion, tienen cuidado con las limosnas, y previenen todo fraude que tuviera por objeto disminuir el bien de los pobres; en fin, una masa de muchachos perteneciente á todas las clases de la sociedad se disemina en desorden con la alcancía en la mano, en torno del grupo principal; todos gritan, se tropiezan, menean con íreñesí su alcancía llena de sueldos para invitar á los recalcitrantes. Un individuo del hospicio civil, alto, necio, un idiota si no hay nada mejor, se adorna en esta circunstancia con un sombrero lleno de cintas y quiere hacer de bastonero, quiere poner un poco de orden en el tumulto. Vano intento; los instrumentos llenos de calderilla continúan su cencerada, los zuecos resuenan con más fuerza en el empedrado, y la escala cromática de rumores que acompaña ordinariamente á toda cuadrilla de muchachos en libertad, reforzada con los ladridos de los perros, que se mezclan familiarmente en la ceremonia, cubren casi el ruido del tambor.

Sin embargo, este último reproduce con una perseverancia meritoria el menos variado de sus redobles. — En cuanto asoma una mujer por el umbral de la puerta, sosteniendo con trabajo el gran pedazo de carne que quiere dar de limosna, el cortejo se detiene, el tambor reúne á la muchedumbre y se hace un saludo á la rica ofrenda; el corifeo, elevando su cetro lleno de cintas, vocifera tres veces con toda la fuerza de sus pulmones: *Eguin an eit, potret!* — *Eguin an eit!* aulla la concurrencia; y esta vez nos parece oportuno adoptar la frase bretona que traduciremos del modo siguiente: ¡ La cosecha está en germen para vosotros, muchachos! En efecto, por la tarde se saca de las limosnas recibidas la cantidad suficiente para una colacion que hacen los de la fiesta reunidos en el hospicio civil.

De distancia en distancia se repite esta acogida á las limosnas. La alegría es general; únicamente los pobres caballos que llevan los pesados maniqués parecen soportar, sino por fuerza, al menos con una dolorosa resignación, el peso de la caridad pública.

Hace pocos años que los principales del pueblo delegados para marchar en el cortejo, con la bandeja de plata en la mano, tomaban furtivamente en las casas donde entraban los víveres colgados de los ganchos de las cocinas; esta maniobra era siempre muy aplaudida por los de fuera; así es que se guardaban muy bien de impedir la sustracción, si bien destinaban de antemano á ella lo que les parecía conveniente.

Pero ¡ay! estas tradiciones están ya lejos de nosotros, y quizá el cortejo del Eguinané desaparecerá también en breve. No obstante, le hemos visto circular el año último; el idiota seguía en su puesto, pero sus cintas parecían tener un siglo; el paso triunfal que antes le distinguía habia desaparecido como los alegres colores que adornaban su sombrero y baston, toda su gloria y toda su riqueza; el tambor de la guardia nacional iba tocando su marcha acostumbrada con su acrisolada

monotonía; detrás marcaban el paso, siempre encadenados por el deber (¿ qué dignidad no tiene espinas?) el comisario y los agentes municipales; luego venían una docena de chicos del hospital con las manos en los bolsillos hasta los codos, la cabeza hundida en los hombros hasta las orejas, y la nariz escarlata, dando á la señal del idiota el grito de costumbre, que salía por entre unas mandíbulas que el frío cambiaba en castañuelas. Por último, la decadencia habia llegado aun á los caballos, que parecían propios para una plaza de toros. — Del numeroso personal de los otros años quedaban pues solo aquellos á quienes la fiesta jamás habia regocijado.

Sin embargo, la parte de los pobres no disminuyó, al contrario. Primeramente se suprimió la colacion; pero esta acertada medida enfrió el celo de los peticionarios, que no esperando recoger en esta vida el premio de su buena acción, desertaron en gran número de las filas del cortejo. Las alcancías se llevan hoy á domicilio un mes antes, y los niños más pequeños, conducidos por una mujer, van á recibir las ofrendas pecuniarias. Las madres aprovechan el pretexto de estas visitas para engalanar á los pequeñuelos, que hacen hoy el gasto principal de la fiesta. M. R.

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

QUÍMICA: — *Influencia de los metales en el calor radiante*, por M. Knoblauch. — Se han mirado hasta ahora los metales como cuerpos *adiatermanos* respecto del calor radiante, y servido de consiguiente de pantallas al tratarse de interceptar los rayos caloríferos. Con los gruesos que tienen los metales en hojas del comercio, se puede dedicar á tal uso con seguridad; pero no prejuzga esta explicación nada en cuanto á la capacidad de los mismos metales de transmitir el calor radiante, porque no cabe decidirse este punto sino con hojas sumamente delgadas.

— A fin de resolverlo, ha usado Knoblauch, primero una hoja de oro laminada lo más posible, y tendida en un bastidor. Como ninguna fuente de calor terrestre bastaría para conseguir el objeto propuesto, se expuso la hoja al paso de rayos solares mandados á una cámara oscura por medio de un heliostato de Silbermann; consecuencia fué acción sensible en una pila termo-eléctrica. Para aumentar la acción se puso la lente de cristal en una ventana, obteniéndose así un desvío de la aguja astática del galvanómetro multiplicador en relación con la pila termo-eléctrica, que subió á 6 grados.

Se hizo otro experimento con una capita de oro extendida en un cristal. El mayor grueso de la capa redujo el desvío á 3 grados.

Se hicieron otros experimentos con precipitados químicamente preparados de oro, plata, platino y otros metales. Se trató también de cerciorarse de si el calor que pasaba por las hojas metálicas tenía igual calidad que antes de pasar; se ha examinado la influencia del grueso, de la reflexión y otras varias cuestiones. Resume el autor los resultados de sus multiplicados experimentos en los términos siguientes:

1º Los metales, como oro, plata, platino, reducidos á hojillas delgadas, se deben considerar como cuerpos *diatermanos* que permiten atravesarlos á una porción de los rayos caloríferos, porción que naturalmente disminuye según aumenta el grueso de la hoja.

Al transmitir así ciertos metales, oro y plata v. g., los rayos caloríferos ejercitan una absorción electiva parecida á la de los cuerpos transparentes coloreados por la luz. Otros, por lo contrario, v. g. el platino, obran lo mismo con todos los rayos, y se pueden mirar por consiguiente como análogos á los cuerpos incoloros respecto de la luz.

2º En el caso de reflexión difusa, ciertos metales, v. g. oro, plata, mercurio, cobre y latón, análogos á los cuerpos coloreados y opacos en lo concerniente á la luz, ejercitan asimismo una absorción electiva de los rayos caloríferos, de cuyas resultas se modifican las propiedades de estos. Otros, como el platino, hierro, estaño, zinc, plomo, aleación de plomo y estaño, reflejan toda clase de rayos caloríferos en igual proporción, y tan cumplidamente como los cuerpos opacos incoloros reflejan la luz.

Las propiedades que distinguen á los rayos caloríferos reflejados por los metales del calor no reflejado, dependen hasta tal punto de la fuente de calor, que diferencias manifiestas cuando se usa la luz solar, disminuyen empleando una lámpara de Locatelli, y del todo desaparecen cuando la fuente de calor consiste en un cilindro metálico no calentado hasta el color rojo.

La superficie tiene la facultad, bien de que aparezcan las diferencias y volverlas al mínimo, bien de que desaparezcan totalmente, según que produzca la superficie una reflexión difusa ó regular.

Igual conclusión resulta respecto del ángulo de incidencia. Cuando está en bruto la superficie, al paso que mengua el ángulo de los rayos con ella, va pasando la reflexión de difusa á regular, y al propio tiempo las diferencias entre el calor reflejado y no reflejado van siendo menores, hasta el momento de tener finalmente un mismo carácter.

— *Sobre la cristalización del azufre en el sulfuro de carbono*, por M. Debray. — Sabido es que el azufre disuelto en el sulfuro de carbono se deposita en este en forma por lo general de octaedros romboidales rectos. MM. Deville y Pasteur han obtenido sin embargo ciertas muestras de azufre, en las cuales, junto con octaedros, habia prismas oblicuos idénticos á los que se obtienen por vía de fusión, pero cuya transparencia se veía alterada por el contacto del sulfuro de carbono. No se habia podido realizar á arbitrio este hecho importante. Se puede lograr del modo siguiente:

Se mete en un tubo de cristal grueso azufre con la mitad de su peso de sulfuro de carbono, y luego de echado fuera todo el aire, se cierra. Se le calienta á temperatura mayor de 80°, y se le enfria poniéndolo á un chorro de agua. Llega así el líquido á ponerse á la temperatura ordinaria sin depositar nada primero, pero á poco tiempo, y en especial sacudiéndolo algo, deposita unas agujas largas transparentes. Volviendo el tubo, se separan estas agujas de la masa restante, la cual sigue dando otras por algunos instantes; luego se forman estrias dentro del líquido, y desde entonces aparecen los cristales octaédricos desprendiéndose calor. En varias experiencias se ha depositado además en las paredes del tubo azufre amorfo.

Una vez bien separadas las agujas prismáticas del sulfuro de carbono, no tardan en perder la transparencia, como sucede con las provenientes de fusión, solo que es más rápida la transformación. Si por lo contrario no se consigue separar todo el disolvente, presentan un fenómeno de transformación, que se percibe visiblemente, y cuyo efecto consiste en cambiar las agujas en un rosario de octaedros.

Para que sacudan patentemente los fenómenos, importa calentar la disolución á 80° cuando menos; esto es, dar al azufre una temperatura á la cual propenda á tomar la forma prismática, y volver rápidamente la disolución, sobresaturada entonces á la temperatura baja, á que se efectúa con prontitud el paso al estado sólido.

— *Nuevo modo de producir en estado cristalizado cierto número de especies químicas y mineralógicas*, por MM. Sainte-Claire Deville y H. Carón. — Los trabajos de ambos autores han tenido por objeto preparar cierto número de óxidos metálicos, espineles y silicatos en estado cristalizado, empleando al efecto los métodos de la vía seca y temperaturas elevadas. Los que se van á exponer son susceptibles probablemente de alguna generalidad, que no está limitada por el número de aplicaciones hasta el día hechas de ellos. Así es que los autores no garantizan su uso sino respecto de las especies químicas y mineralógicas, cuya análisis y cuyas propiedades químicas y cristalográficas han determinado por completo.

Uno de los medios que mejor les han probado, consiste en la reacción mutua de los fluoruros metálicos volátiles, y los compuestos oxigenados fijos ó volátiles. Como no existen sino poquísimos fluoruros metálicos absolutamente fijos, es posible casi siempre semejante reacción. Sea el primer ejemplo el corundo.

1º El *corundo blanco* se prepara facilísimamente y en bellísimos cristales, poniendo en un crisol de carbon fluoruro de aluminio, y encima una copela de carbon llena de ácido bórico. Se calienta al blanco por cosa de una hora el crisol de carbon con su tapa correspondiente y protegido de la acción del aire. Encontrándose los dos vapores de fluoruro de aluminio y ácido bórico en el espacio libre que entre ellos queda, se descomponen mutuamente dando corundo y fluoruro de boro. Los cristales son romboédros basados con las caras del prisma exagonal regular. Solo tienen un eje, y son negativos, disfrutando por tanto, además de la composición que se ha determinado, todas las propiedades ópticas y cristalográficas del corundo natural, incluso la dureza. Se producen de este modo cristales grandes de más de un centímetro de largo, anchísimos, pero que por lo común carecen de grueso.

2º *Rubi*. Se obtiene con singular facilidad y de igual manera que el corundo: se añade solo al fluoruro una corta cantidad de fluoruro de cromo, y se manipula en crisoles de alumina, poniendo el ácido bórico en una copela de platino. Tienen estos rubíes el mismo color rojo violado que los más hermosos naturales: proviene del sexqui-óxido de cromo.

3º *Zafiro*. El zafiro azul se consigue en las mismas circunstancias que el rubí. También le da color el óxido de cromo; la única diferencia consiste en las proporciones de la sustancia colorante, acaso también en el estado de oxidación del cromo. Pero no puede indicarse nada con exactitud en este punto la análisis, por causa de las reducidísimas cantidades de la sustancia colorante en todos los casos. Se han obtenido en ciertas preparaciones rubíes rojos y zafiros de hermosísimo color azul unos al lado de otros; el color de estos igual al del zafiro oriental.

4º *Corundo verde*. Cuando abunda la cantidad de óxido de cromo, tienen hermoso color verde los corundos que se obtienen, como el de la ouvarowita, que según las análisis de Damour, contiene 25 por 100 de óxido de cromo. Siempre se presenta este corundo en las partes del aparato donde se pone el fluoruro de aluminio, y fluoruro de cromo allí donde se concentra de resultas de su menor volatilidad.

5º *Hierro oxidulado*. Con el sexqui-fluoruro de hierro y el ácido bórico se obtienen agujas largas, compuestas de un rosario de octaedros regulares, y terminadas por un octaedro chiquito de forma perfecta. Claro está, según esto, que á temperatura elevada se reduce parcialmente el sexqui-óxido de hierro, como lo han comprobado los autores en otros experimentos.

6º *Zircon*. Se obtiene el zircon en cristallitos agrupados regularmente en forma de herborizaciones muy vistosas, y que se parecen al clorhidrato de amoniaco. Procedente el zircon de igual procedimiento que el corundo, adquiere absoluta insolubilidad en los ácidos, hasta en el sulfúrico concentrado. Tampoco tiene en él acción alguna la potasa fundida. Solo el sulfato de potasa lo disuelve, dejando el sulfato doble insoluble, característico del zircon.

7º También han conseguido MM. Deville y Carón por este método otros óxidos metálicos cristalizados, valiéndose de los fluoruros de urano, titano y estaño.

8º *Cimofana ó crisoberilo*. Se mezclan equivalentes iguales de los dos fluoruros de aluminio y glucinio, y se descomponen sus vapores con el ácido bórico en el aparato arriba descrito. Resultan cristales parecidos enteramente á los que vienen de América, con la misma macla en figura de corazón y las mismas estrias convergentes características de esta especie. Los autores han conseguido cristales de cimofana de algunos milímetros de largo y de formas perfectísimas.

90 *Ganhilla*. Para obtener esta espinela es preciso manipular en vasos de hierro, poniendo en ellos fluoruro de aluminio y de zinc mezclados; el ácido bórico se pone en una naveta de platino. Se deposita la ganhilla en las diferentes partes del aparato, viéndose cristalizada en octaedros regulares muy limpios, brillantes y coloreados sin duda por el hierro del crisol al oxidarse.

10° *Estauróida*. Se pueden obtener silicatos en cristales comunes chiquitos, pero bien conformados, y por lo regular determinables, valiéndose del aparato que se acaba de describir, poniendo en él en contacto vapor de los fluoruros volátiles con la sílice que se pone en la naveta interior en lugar del ácido bórico. Así resulta una sustancia cristalizada de igual aspecto y composición que la estauróida, y que disfruta de sus cualidades físicas principales. Es un silicato bibásico, cuya fórmula es *Si Al*.

11° *Diversos silicatos*. Se obtiene esta misma sustancia con suma facilidad calentando hasta temperatura elevada alúmina en una corriente de fluoruro de silicio gaseoso. La alúmina amorfa se transforma en una redcilla de cristales representantes de la estauróida, en punto á composición al menos.

Los autores han aplicado estos métodos á producir otros silicatos cuyas bases dan fluoruros volátiles, como glucina y zinc. El zircon da en iguales circunstancias cristallitos con el brillo particular que los distingue.

De sus trabajos resulta que la descomposición del fluoruro de silicio por los óxidos no deja en los silicatos mas que poquísima sílice, de suerte que no cabe obtener de aquella sustancia sino silicatos tribásicos. Así es que tratando de producir esmeralda mediante la reacción del fluoruro de aluminio y el de glucina con la sílice, obtuvieron una sustancia cristalizada en láminas exagonales durísimas, que por el momento les hizo creer que con efecto habían logrado lo que buscaban. Pero la análisis les demostró que esta sustancia contenía insuficientes proporciones de sílice para permitirse adoptar semejante conclusión.

Nótese que el fluoruro de aluminio descompone la sílice para formar fluoruro de silicio y estauróida, como el fluoruro de silicio en contacto con la alúmina de fluoruro de aluminio y estauróida. Por esto las piezas arcillosas de los aparatos de fusión se transforman por lo comun del todo en una especie de papilla de cristales compuestos casi exclusivamente de estauróida, y ante una sustancia arcillosa pudieran servir los compuestos fluorados volátiles de intermedios para obtener, digámoslo así, de una sustancia indefinida la cristalización de sustancias completamente infusibles á las temperaturas en que obran. No queda con efecto rastro alguno de fluor en tales silicatos mineralizados por el influjo de los fluoruros.

Abrigamos la esperanza, dicen los autores al terminar su Memoria, de que los experimentos que acabamos de referir no serán infructuosos para explicar ciertos hechos de la naturaleza. Los geólogos, y entre ellos M. Daubrèe, en sus escritos sobre los filones metálicos, admiten la intervención del fluor en la producción de los minerales de los filones.

— BIBLIOGRAFIA: — *Sophokleische Studien*. — Estudio acerca de Sófoles, comentario de Edipo Rey, por Theod. Kock.

Esta disertación publicada en el programa del Gimnasio de Guben en Alemania, es continuación de la que había aparecido un año antes en el programa de Elbing, y que es preciso recordar aquí. El autor, despues de haber extractado de Tucídides el cuadro del estado social que ofrecía Atenas, terminada la peste que acababa de asolarla, expone la idea moral que había dirigido al poeta en la elección de su asunto para la fiesta de las grandes Dionisiacas (429): el deseo de contener los progresos siempre crecientes de la incredulidad ó la superstición, y hacer penetrar, por medio de los recursos de su arte, en la conciencia del pueblo las verdaderas relaciones del hombre con los dioses, y de la historia con el destino. Describe en seguida el teatro de Atenas y sus alrededores, y pasando en fin al análisis de la tragedia, examina escena por escena los rasgos característicos de los diversos personajes; haciendo resaltar principalmente el carácter de Edipo explica el desarrollo de los discursos y de la acción dramática, y los sentimientos expresados por el coro en sus relaciones con la marcha del drama. Estas observaciones, llenas de agudeza y buen gusto, forman un precioso comentario para la inteligencia de una de las principales obras maestras de la musa trágica de los griegos.

— *Moise ou les lois fondamentales*. — Moisés, ó las leyes fundamentales de las sociedades, la historia, las ciencias y la filosofía, segun el Pentateuco, por C. Tripart, abogado.

Los innumerables comentarios que muchas generaciones de escritores han acumulado en torno de la Biblia, no han podido agotar la inmensa extensión de la materia. ¿Qué otro libro pudiera abrir al pensamiento mas vastos horizontes? ¿Qué otro toca mas varias, altas y delicadas cuestiones? En él encuentra el historiador los principios del mundo y de la humanidad; el filósofo una metafísica sublime que deja muy en pos de sí las fantásticas cosmogonías de Grecia y de la India; el moralista un código tan perfecto que ha llegado á ser norma de todos los pueblos civilizados; el legislador y el jurisconsulto leyes civiles, penales y políticas, superiores con mucho á todos los restos de las legislaciones antiguas; la imaginación del poeta y del artista los cantos con mas magnificencia inspirados que jamás haya podido repetir la boca de los hombres.

M. Tripart se muestra profundo conocedor de los libros sagrados; se declara adversario de las peligrosas hipótesis que tienden á menoscabar la autoridad de la Escritura, presentando sus relaciones como otros tantos mitos y leyendas. La obra es una apología de la religión, cuyo tema y cuyas ampliaciones principales se han sacado del Pentateuco, pero que toca á todos los puntos esenciales de la controversia cristiana; su autor ha estudiado el Pentateuco, primero como obra de historia, despues como obra de ciencia y de filosofía. — En la primera parte, que consta de nueve capítulos, discute segun Moisés, los grandes acontecimientos que constituyen la vida de la humanidad, y mas especialmente la del pueblo

hebreo, desde la creación hasta la conquista de Canaan. — En la segunda parte, que comprende veinte y tres capítulos, considera el Pentateuco bajo el aspecto del dogma; expone minuciosamente la doctrina de Moisés sobre la existencia y las perfecciones de Dios, y estudia su enseñanza moral y la organización que dieron sus leyes á la nación judía. Termina la obra con una discusión sobre la autenticidad del Pentateuco, dirigida casi exclusivamente contra Volney. Acaso hubiera sido mejor dirigirse contra adversarios mas recientes. En los tres volúmenes abundan las citas, cotejos y notas eruditas. Platon, Aristóteles, los Alejandrinos, Descartes, Malebranche, Leibnitz, Kant, por no citar mas que los metafísicos, dan sucesivamente testimonio y confirman las doctrinas mosaicas. M. Tripart, que es sinceramente cristiano, no se considera obligado á sacrificar la razón á la fe; cree en la posibilidad de su alianza, y trabaja segun sus fuerzas por establecerla. Recomendamos este precioso libro á nuestros lectores.

— *De l'Invention*, para servir de introducción á las obras de Rosmini, diálogo filosófico de Manzoni, traducido del italiano al francés por M. de Fresne.

Rosmini es un filósofo católico: estuvo en íntimas relaciones con Manzoni, que llevado de su amistad, quiso hacerse intérprete del filósofo. En el diálogo titulado de la *Invention* nos hace conocer el poeta uno de los aspectos de la filosofía de su amigo. Trata de publicar una serie de doce diálogos, en que hubiera expuesto toda la doctrina de Rosmini; pero habiendo muerto el filósofo, Manzoni abandonó su trabajo. M. de Fresne ha traducido al francés el único diálogo que existe, encabezándolo con una noticia acerca del filósofo italiano, y publicándolo tambien una carta de Rosmini sobre la filosofía alemana. Termina el volumen con el catálogo de las obras publicadas ó inéditas de A. Rosmini. Este catálogo contiene nada menos que 54 volúmenes impresos y 31 obras inéditas.

— *Plethon*. Tratado de las leyes, ó compilación de los fragmentos en parte inéditos de esta obra. Texto griego revisado, precedido de una noticia literaria por M. E. Alexandre. Traducción por A. Pellissier.

M. Vincent, miembro del Instituto de Francia, había encontrado en la biblioteca imperial un manuscrito que contenía algunos capítulos inéditos y desconocidos de la grande obra de Plethon *sobre las Leyes*. No se sabía hasta ahora si Plethon había querido hacer jefe de una nueva religión, ó si tan solo había pretendido volver á construir el edificio del paganismo sobre las ruinas del culto cristiano con los materiales de la filosofía neo-platónica. M. Alexandre se ha encargado de publicar estos nuevos fragmentos, reuniendo á ellos todos los demás que ha podido encontrar de Plethon; el discurso preliminar, del mismo helenista, da interesantes noticias históricas y críticas acerca del autor y su obra. No es menos importante para los estudiosos la traducción que va al frente del texto, y es debida á M. A. Pellissier, profesor agregado de filosofía. Esta edición es una página curiosa de la filosofía antigua, y al mismo tiempo un documento precioso para todos los helenistas.

Leonor.

I.

Hace dos años que la vi por la vez primera. Era pura y seductora cual los regalados acentos de los castos amores. Leonor estaba en la primavera de la vida. La esmerada educación que sus padres la dieran, la había formado morigerada y respetuosa. A no conocer la santidad de su corazón, se la hubiese creído una hipócrita. El amor, ese fuego intenso que tanto inflama nuestro pecho, y que muchas veces nos envuelve en tormentosos pesares, aun no había tenido cabida en su alma.

Jamás el hórrido volcan de las pasiones la había dominado. Vivía felice en un mundo ideal lleno de purísimos goces.

La privilegiada imaginación de Leonor la había hecho adelantar grandemente en la completa enseñanza que recibiera.

Sus padres estaban locos de alegría. Leonor era el único vástago con que el cielo había favorecido una unión de veinte años, nunca turbada por el mas pequeño sinsabor.

Habitaban una bonita casa, extramuros de la ciudad. Allí gozaban de los deleites con que convida el campo. De aquesta suerte vivían alejados del bullicio é impuros placeres que engendra la loca sociedad.

Leonor siempre estaba alegre y jovial. No la distraían mas que las flores de su envidiable jardín y sus primorosos bordados.

Corren así plácidos días y nada turba la paz y el contento de aquel delicioso eden.

II.

Ha pasado algun tiempo y ya la hermosa Leonor frecuenta la ciudad.

Sus padres la llevaron á la fiesta de los desposorios de uno de sus parientes, y desde entonces quedó enamorada de la bulliciosa sociedad y de los placeres que la acompañan.

Se vió hastiada de vivir en el retiro, y no le encantaban como otras veces ni la distraían las labores ni el jardín.

La ponzoña del mundo había vertido algunas de sus gotas en su virginal corazón.

Nada le aprovechaban las paternales observaciones, porque mas y mas encendían sus ardientes deseos.

El esmalte precioso de su mágica belleza iba oscureciéndose con una mortal palidez.

La animación tan innata en ella iba paso á paso extinguiéndose.

Todo anunciaba que la tormenta iba á estallar.

No tardó demasiado en suceder.

Una grave enfermedad aparece repentinamente.

El ángel de la muerte quiere bñtir sus negras alas en torno de aquel casto lecho deverando su presa.

Una fiebre maligna la mataba lentamente, y cuantos remedios se le aplicaban no producían mayor resultado.

El mal se hacia sentir con fuerte violencia, y la infeliz Leonor padecía horribilmente.

Ella, antes tan robusta, parece ahora la escuálida efigie de la muerte.

Dotada de un vigoroso natural y en el apogeo de la juventud, muy poco á poco la naturaleza iba descartándose de aquella mortal y aterradora enfermedad.

A los veinte y ocho días, la fiebre empieza á perder su dominio y á presentarse la mejoría.

Leonor logra ir recobrando algunas fuerzas.

La convalecencia fué muy penosa y la pasó en aquella hermosa casa de campo, por serle muy beneficioso el aire puro que en ella se respiraba.

III.

Leonor consigue escapar de las garras de la muerte. El tiempo ha ido borrando los vestigios de la enfermedad.

En su célica faz se ostentan de nuevo los destellos encantadores con que natura la adornara.

Temerosos sus padres de una nueva catástrofe abandonan aquella apacible y seductora morada trocándola por la ciudad.

Leonor ha entrado en la sociedad.

La que antes no pensara mas que en sus inocentes entretenimientos, anhela ahora los momentos de lucir sus galas y belleza, y escuchar los galanteos de aquellos que la convidan con amor.

Dó quier dirige sus plantas, allí halla un coro de adoradores.

Una sonrisa que dejen deslizar sus purpurinos labios, estáticos las recogen aquellas almas enamoradas.

Todos miran en ella el reflejo de una pasión correspondida.

No hay sarao, paseo ni reunion donde Leonor no se lleve las miradas de todos, y donde oiga mil amorosas protestas de amor.

Ella, sin embargo, á todos escucha friamente, porque su corazón lo posee un primo suyo á quien ha consagrado una loca pasión.

Desecha ventajosos partidos y está resuelta á abrazar el de su primo, que es un jóven de gallarda figura; pero un tipo fiel de la depravación.

Leonor, sin embargo, lo adora ciegamente.

Hay hombres que por dó quier van sembrando la virtud; mas otros son el oprobio de la sociedad por sus infernales devaneos; y en este número se cuenta el jóven pretendiente.

Los padres de Leonor están al fin de estos amores y tratan de desconcertarlos.

¡La nueva desgracia que amaga descargar sobre la desventurada Leonor, bien la presagian!

Visiblemente parece que todo ha terminado.

Leonor, no obstante, á hurtadillas de sus padres alimenta este fatídico amor.

IV.

Seis meses hace que Leonor consagrara su corazón á su primo Ricardo, y tratan de himeneo.

Ricardo, encubiertamente, parece que en este tiempo ha variado de conducta, y de furioso libertino se ha convertido en virtuoso cenobita.

Los honrados padres de Leonor creen verdadera esta notable, mas falsa mudanza, y no queriendo oponerse inútilmente á la resolución irrevocable de su hija, otorgan su licencia.

Un mes despues tiene lugar la brillante ceremonia del desposorio.

Leonor y Ricardo están ya ligados por lazos que solo á la muerte es dado desatar.

Abandonan la casa paterna estableciéndose los consortes en una bonita casa, donde marchan acompañados de las bendiciones de unos seres virtuosos, que hacen sinceros votos por la felicidad de sus hijos.

La negra fatalidad ha de seguir á Leonor, y su malhadada estrella ha de alumbrarla con sus tristes rayos.

Tres meses no vivieron en buena paz.

Ricardo, dueño de una considerable fortuna, vuelve nuevamente á entregarse á su pasada vida disoluta, sufriendo Leonor amargos sinsabores.

El mal crece de día en día.

Ricardo corre por la senda de los vicios como caballo desbocado sin freno.

Han llegado las cosas á su último extremo.

Leonor no puede sufrir el mal trato de su marido y entablan el divorcio amistoso.

Ricardo consiente en ello, pues mira la manera de seguir con toda libertad su desenfadada carrera.

Leonor vuelve de nuevo á la casa paterna.

PLANO OFICIAL DE LA CIUDAD DE PEKIN.

圖全城京

Sus padres la reciben con tiernas caricias sin proferirle jamás una palabra de cuanto habia pasado, pues resalta á primera vista el estado deplorable en que se halla.

Una huella tan profunda ha grabado en el corazon de la jóven el proceder criminal de su marido, que cada instante la desmejora notablemente, hasta hacerla postrar en el lecho del dolor.

El padecer toma cuerpo hasta tal extremo, que si la naturaleza, antes pudo desechiar el mal, ahora le faltan las fuerzas, y abatida despues de crueles padeceres, hace sucumbir á Leonor victima de una lánguida y atormentadora agonía!

Al pié de una helada tumba se ven todos los dias dos seres desgraciados.

Son los padres de Leonor que van á regar con el llanto de un profundo dolor, la huesa donde reposan los restos de su adorada hija!

Pobre Leonor!

J. A. M.

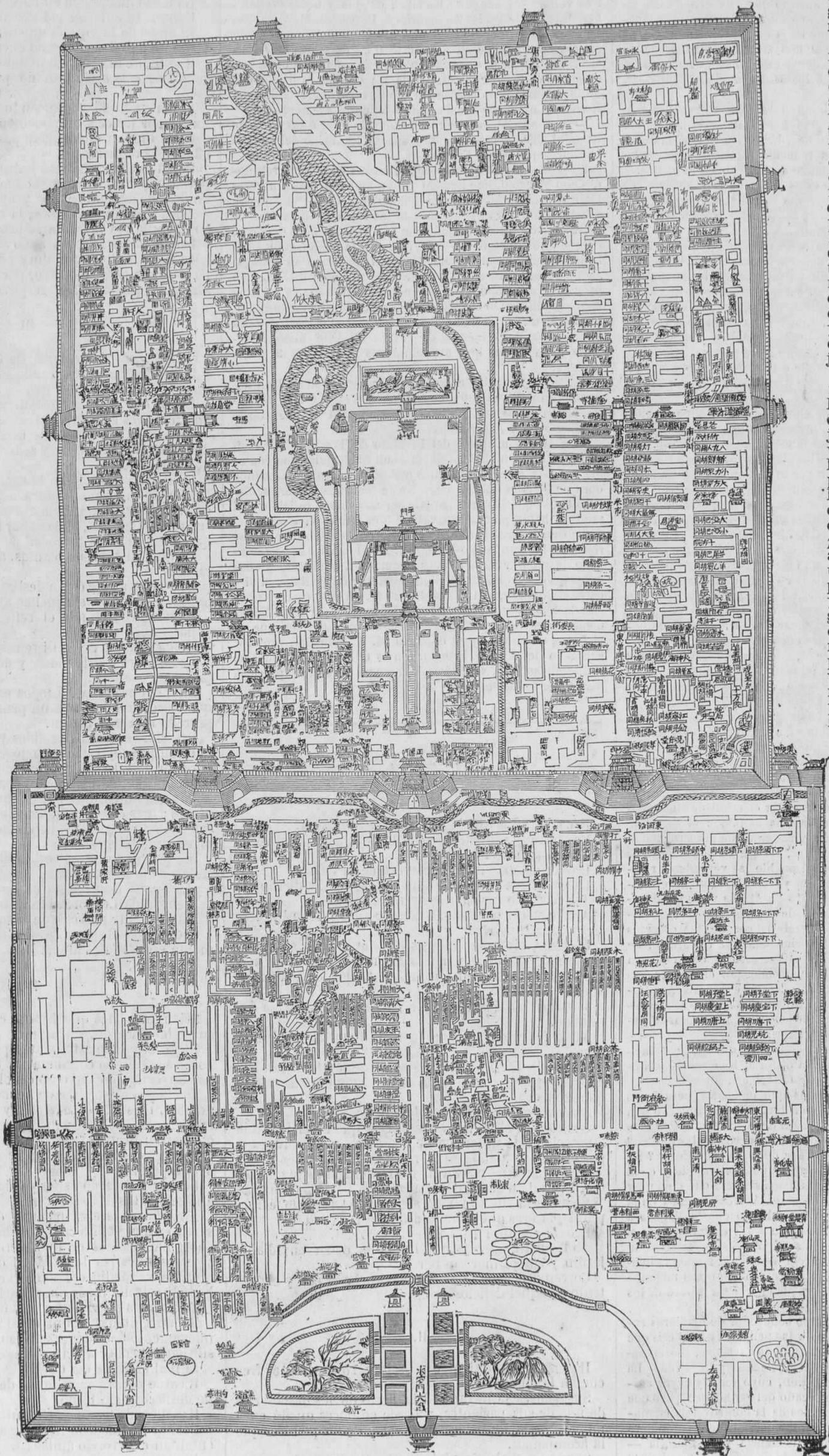
Pekin.

Los últimos despachos de la China han anunciado un gran triunfo del ejército expedicionario, la toma de Pekin, seguida felizmente de la conclusion de la paz. Mientras damos á nuestros lectores las curiosas noticias recibidas sobre estos grandes triunfos, hé aquí algunas líneas de explicacion para el plano oficial de la ciudad de Pekin que publicamos en esta página.

Pekin ó Kingsse, antiguo Cambalu y hoy Chun-tian, en chino, capital del Pe-tchi-li y de todo el imperio chino, se encuentra en una vasta llanura á 47 kilómetros de la gran muralla del imperio. Las geografías no están de acuerdo sobre su número de habitantes; unas la dan 1.300,000, otras 2.000,000 y otras 3.000,000.

Una avenida de 6 kilómetros empedrada con gruesas losas de granito conduce á la ciudad por el lado del Este, y un magnífico arco de triunfo indica su entrada. Está regada por tres riachuelos tributarios del Pay ho.

Distínguense en ella dos grandes partes, la ciudad tártara ó ciudad imperial (King-tching), y la ciudad china (Wai-lo-tching), ó ciudad vieja (Lao-tching).



Las dos están rodeadas de una alta muralla. Las calles de la ciudad tártara son anchas, largas, derechas y están muy limpias; las principales tienen 40 metros de ancho y hay una de 60. En la otra ciudad las calles no son generalmente tan hermosas.

El King-tching está formado como de tres ciudades metidas una en otra y cada cual con su recinto. La mas interior es el Tsu-kin-tching, palacio imperial, vastísimo, que tiene cerca de 4 kilómetros de circuito, con torres almenadas y fosos, y encierra una infinidad de patios y de cuerpos de habitacion, entre los cuales están los aposentos especiales del emperador y el Taiho-tian, donde el emperador recibe á los altos señores y á los embajadores; este palacio tiene un jardin inmenso.

En la ciudad intermedia del King-tching, llamada Huang-tching, ó palacio exterior, se ven jardines mayores todavía, con lagos artificiales, los hermosos templos de Foe y mogol, las cinco colinas artificiales, entre las que se cuenta la Montaña resplandeciente donde se ahorcó Hoai-tsing, el último de los Ming; los palacios de mandarines y el puente de jaspe negro que representa un dragon cuyos piés forman los pilares. El templo del Cielo, el del inventor de la Agricultura, la sala Redonda, el palacio de Retiro y de Penitencia son los monumentos mas notables de Lao-tching.

En Pekin están todas las administraciones superiores del imperio, los tribunales superiores de justicia, y el tribunal de historia y de literatura que examina á los letrados. Allí se encuentran tambien el Colegio imperial, el Observatorio edificado en 1279, la Biblioteca imperial, la mas vasta que hay fuera de Europa, la Imprenta del gobierno y ricos gabinetes de historia natural. En las cercanías de Pekin está Yuan-ming-yuen, ó el Jardin redondo resplandeciente, residencia imperial de verano. Los chinos colocan el origen de Pekin entre los años 1200 y 1100 antes de Jesucristo; pero consta que la ciudad imperial, al menos el King-tching ó Cambalu, no fué edificada sino por los años de 1267 despues de Jesucristo. Pekin, como toda la China, se halla en poder de los Mandchux desde 1644.